Juliana Cartland



El DESEO PROHIBIDO de la señorita BECKER

Selecta

El deseo prohibido de la señorita Becker

Juliana Cartland

Selecta

Dedicado a los que aman perderse en lecturas de amores prohibidos, que, sin proponérselo, encuentran su propio destino.

Capítulo 1

Londres, 1811

La noticia de la llegada de su hermano mayor, Gunter, causó un gran revuelo en la casa Becker, un alboroto que aún reverberaba en cada rincón de la mansión, dos semanas después del anuncio.

A Alice esa noticia la llenó de felicidad, pues traía consigo una mucho mejor: el regreso de Arthur Wellesley y, con ello, la posibilidad de ver cumplidos sus más anhelados deseos: convertirse en su esposa. Sus mejillas se sonrojaron ante aquel furtivo y ambicioso pensamiento.

Nadie lo sabía, pero ella lo amaba en secreto desde que lo conoció a los doce años. El regreso de Arthur no era un asunto que se hubiera anunciado, pero Alice sabía que sus planes y los de Gunter eran muy similares. Era un secreto a voces que, al igual que su hermano, ambos necesitaban encontrar esposas. En su ingenuidad, Alice ya se había ofrecido para convertirse en la esposa de Wellesley, y nadie le iba a arrebatar esa posibilidad.

Por eso, rechazó de manera tajante a los últimos dos pretendientes que se atrevieron a solicitar su mano. En su interior, rogaba que no apareciera ningún otro más hasta que tuviera la

oportunidad de encontrarse con Arthur.

Su madre entró en el salón de tejidos justo cuando ella intentaba enhebrar hilo en el diminuto ojal de una fina aguja, en su esfuerzo por mantener las costumbres y aprender el oficio de toda dama recatada, decidiendo dedicarse al punto de cruz, tras fracasar terriblemente con el bordado de crochet y sus derivados.

—Querida, parece que todavía no logras dar una puntada decente —dijo su madre, sentándose en el sillón frente a ella.

Alice frunció el entrecejo.

—El ruido no me deja concentrar —refunfuñó, quedándose casi bizca al intentar de nuevo.

Su objetivo era, al menos, conseguir bordar sus iniciales junto a las de su futuro esposo, Arthur Wellesley, en el pañuelo que iba a obsequiarle, sumado a todos sus sentimientos.

—Usa el dedal o te pincharás un dedo.

Su madre la sacó de sus cavilaciones, y ocultó una sonrisita furtiva que afloraba cada vez que la imagen de Arthur venía a su mente: su atractivo porte, su melena negra y desordenada por el constante peinado con los dedos, que denunciaba su aversión al protocolo.

Por todas estas y muchas otras actitudes, lo amaba; pero él no lo sabía. Ese era su secreto más profundo y prohibido, ya que una dama no podía alardear de sus preferencias. Sin embargo, ya había elegido el momento adecuado para revelárselo y por fin le contaría sobre sus sentimientos.

—Lo siento —respondió, distrayéndose un poco y tomando el pequeño dedal una vez logró ensartar la aguja, mientras su madre la observaba con recelo.

—Espero que estés contenta con el regreso de tu hermano.

—Lo estoy, madre —repuso a secas.

—Con tu padre enfermo, es necesario que esté aquí para hacerse cargo de varios asuntos.

—Confío en que ya está preparado para ello —dijo Alice, alzando la mirada hacia su madre para mostrarse convincente.

En el fondo, sabía que Gunter Becker odiaba las responsabilidades, pero las afrontaba porque no podía escapar de ellas. Sonrió, aliviada de que su madre no pudiera leer sus pensamientos llenos de secretos.

—También estará al frente de la búsqueda de tu futuro marido.

Alice irguió la cerviz y apretó los labios, mordiéndose la lengua para no revelarle que su hermano estaría encantado de entregarla a Arthur. No era algo que pudiera afirmar, pero confiaba en aquel vívido recuerdo de la conversación que Gunter sostuvo con Arthur y que escuchó a escondidas, cuando le dijo que ella un día se convertiría en una joven encantadora y digna de ser desposada.

—Entonces no me preocupa; sabrá elegir bien.

—Así será, porque no toleraremos un desaire más —sentenció su madre, recordando las dos propuestas que ya había rechazado.

—Sé que tú y papá esperan celebrar mi boda, pero es imposible ser feliz con alguien incompatible —añadió, maldiciendo para sí misma por haber cometido un error en los trazos.

—Tu padre y yo nos casamos, y créeme, querida, no congeniábamos en absoluto. Solo el tiempo y la devoción nos han mantenido juntos, y tú y Gunter son fruto de ello.

—Pero los tiempos han cambiado, mamá.

—Tal vez así sea, pero hay algo que jamás cambiará: la soltería no será compatible contigo.

—No he dicho que quiera convertirme en una solterona.

—Esperamos que eso sea cierto —arguyó su madre, apenas curvando sus labios, pero sin un atisbo de felicidad.

Capítulo 2

El día fijado para el regreso de Gunter llegó, y la mansión Becker se preparó con todas sus galas para recibirlo. Alice se colocó en primera fila, luciendo un vestido impecable y exhibiendo modales refinados, con una sonrisa que reflejaba la emoción que sentía, no solo por la llegada de su hermano, sino también por las noticias que traería consigo.

Solo faltaba el viejo señor Becker, quien, debido a la crisis reumática que lo aquejaba, prefirió esperar a su hijo en su estudio y observar todo a través de la ventana. La familia no pertenecía a la nobleza, pero destacaban lo suficiente para formar parte activa de la alta aristocracia londinense, lo que hizo que el recibimiento fuera un poco rimbombante.

—Deja de sonreír, Alice —la riñó su madre.

Ella se ladeó para mirarla, luego alzó la vista hacia la ventana del segundo piso, donde su padre se asomaba sonriendo. Se encogió de hombros, consciente de la adoración que él sentía por ella, mientras su madre fruncía el entrecejo, negando con la cabeza.

Por fin se escucharon los cascos de los caballos, y la señora Rufina Becker juntó las manos, sonriendo de emoción, ordenando que abrieran las puertas. Una vez que el galope de los equinos se

detuvo frente a ellas, más de diez empleados de la casa se disponían para recibir al regreso de Gunter Becker, quien bajó de su brioso semental sacudiéndose el polvo de las solapas y quitándose el sombrero, mientras los empleados se encargaban del coche con todo su equipaje, que se detuvo detrás. Ambas se lanzaron a abrazarlo.

Con todo el alboroto de bienvenida, Alice no tuvo un instante para hablar a solas con él. Su madre lo acaparó rápidamente, impidiéndoselo; y, por último, después de almorzar y tomar un breve descanso, su padre lo encerró en el estudio, donde estarían recluidos el resto de la tarde, hasta la cena. Alice suspiró de aburrimiento.

—¿Tan pronto has desistido del punto de cruz? —le preguntó su madre, sacándola de su frustración.

—No, seguro que puedo hacerlo.

—¿Puedo verlo? —prosiguió Rufina, alzando la cabeza para mirar.

Alice escondió el bastidor.

—No es nada elaborado aún.

—¿En serio, querida?

Ella suspiró hondo.

—Sí, cuando termine, te lo mostraré.

—De acuerdo, necesito saber si mi hija resulta buena en algo.

—No creo que sea tan importante aprender a tejer.

—Lo es, querida.

—¿Quién lo dice?

—Siglos de nuestra historia —respondió su madre, exultante—. Además, es el símbolo de una mujer laboriosa, virtuosa y de estatus.

Alice frunció el ceño con descontento; le resultaba un argumento débil frente a lo que experimentaba en cada una de las reuniones de bordado a las que se veía obligada a asistir, donde su madre a lo mejor confundía estos estandartes con una oportunidad para hacer

vida social y enterarse de los últimos rumores.

Para Alice, aquellas clases eran simplemente centros de chismes en los que se juzgaban reputaciones en secreto, y las odiaba aún más cuando el centro de la conversación se tornaba alrededor de Ruth Wellesley, solo porque ella se negaba a asistir a alguna.

El problema era que Ruth estaba lisiada de una pierna, lo que le impedía acudir a las reuniones, y por ello solía ser selectiva. La conocía en persona y podía dar fe de ello.

Lanzó un hondo suspiro antes de volver a hablar.

—Supongo que si no aprendo a tejer como lo hicieron la abuela y tú, y todas las honorables damas que dominan el arte, habré fracasado.

—Pero trabajarás duro por ello. —Su madre le sonrió, acariciándole la barbilla.

—Eso haré, mamá —respondió Alice, volviendo a dar un par de puntadas más, mientras Rufina la vigilaba por el rabillo del ojo.

—A propósito, sé que estás pendiente de tu hermano para preguntarle por Arthur —retomó su madre.

—Eso... no...

—Lo sé, querida, y ya es hora de que dejes de hacerte ilusiones con ese joven.

—¿Qué dices, mamá? No hago eso —trató de excusarse.

—De todos modos, no será necesario que se lo preguntes a Gunter; yo te lo diré. Pronto será un secreto a voces.

—¿Y qué tienes que decirme?

—Que el joven Wellesley también regresará el próximo mes —reveló Rufina, y Alice no pudo evitar emocionarse al escuchar la noticia—. Vendrá a casarse como se esperaba, y tal vez lo haga primero que Gunter, porque ya tiene con quién. Es lo que se dice.

Las últimas palabras de su madre la dejaron fría, y con una

negación que seguramente le duraría por los siguientes días.

Capítulo 3

La noticia la sumió en una depresión que parecía agravarse con el paso de los días. Ni siquiera tenía ánimos para corroborarlo con su hermano, porque, tal como lo auguró su madre, el rumor de la boda estaba esparcido por cada rincón del West End de Londres.

—¿Así que estás decidida a evadirme hasta que te mueras, Alice? —preguntó Gunter al aparecer frente a ella, quien todas las mañanas se refugiaba bajo el peral del jardín. Ella no dijo nada, porque la esperanza que tenía anidada en su corazón yacía muerta y estaba a punto de enterrarla.

—¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar trabajando con papá?

—Me ha dado un descanso y he decidido confrontar a mi hermanita.

—No estoy enojada contigo —masculló entre dientes.

Gunter se movió de su posición y se sentó a su lado.

—Estoy seguro de que sí —repuso él, convincente.

Ella frunció el ceño y apretó los labios, sujetando la caja de bordado donde había decidido confinar el pañuelo que nunca sería entregado.

—Tal vez porque le pediste a mamá que me lo dijera.

—Y fue lo mejor.

—Ahora estoy desilusionada.

—¿De mí o de Arthur?

—De los dos —refunfuñó, lo que hizo reír a Gunter.

—Está bien si lo sientes, porque es lo mejor. Estoy de acuerdo con mamá en que no es conveniente que albergues sentimientos por Arthur.

La presunción de su hermano la hizo resoplar.

—N-no es... nada de eso —se quejó refunfuñando.

—Yo pienso que sí, por eso le pedí a madre que te lo dijera.

—¿Tenías miedo de contármelo?

—Tal vez no lo hubiera hecho, pero no sería bueno que sigas ilusionándote.

—No estoy ilusionada —gimió, sintiendo cómo se le aguaban los ojos y se le aflojaba la nariz.

Gunter la atrajo a su costado y la abrazó pese a su renuencia.

—Arthur llegará para el cumpleaños de Ruth. La invitación llegó muy temprano. Si no quieres ir, no habrá problema.

Alice guardó silencio, meditando el dilema que eso le significaba. Por un lado, apreciaba a Ruth y deseaba volver a encontrarse con ella; por el otro, añoraba a Arthur, aunque en el fondo deseaba no verlo nunca más. Sin embargo, no podía comportarse de manera infantil y convertirse en otra enemiga de Ruth, con quien, a pesar de llevarle cuatro años, habían congeniado muy bien desde que se conocieron.

—Asistiré —declaró, sorprendiendo a Gunter—. Me gustaría hacerle compañía a Ruth.

—Eso está perfecto, ella te lo agradecerá —respondió su hermano.

Ella sopesó su expresión con detenimiento, meditando en si su simpatía por Ruth tenía algún interés oculto, y no le molestaría que

fuese así.

—¿Alguna vez has meditado en cortejarla? —le preguntó, haciendo que este enarcara la mirada y luego sonriera.

—Nunca, y es lo mismo que espero de Arthur —concluyó.

Después de darle un abrazo y besarla con cariño en la sien, él se puso en pie, listo para volver al despacho de su padre. Alice fijó su mirada en el pequeño libro encuadernado en cuero que él había llevado en la mano.

El título, apenas legible, rezaba: *La doble moral del poder*, y descubrió que no se parecía a ninguno que su padre tuviera en su biblioteca.

—¿Puedo verlo? —le preguntó, al notar que Gunter lo miraba.

De inmediato, él lo escondió de su vista.

—De ningún modo. No es lectura para chicas inocentes —respondió con serenidad, y con una sonrisa se despidió de ella tras revolverle el cabello como cuando era más pequeña, sacándole un enojado mohín.

Alice se quedó allí, observando cómo, en su camino de regreso a la mansión, él sacaba el libro para hojearlo. Esto le causó un atisbo de curiosidad, así como una nueva misión. Su hermano había llenado su cabeza con historias sobre un vasto mundo que apenas le dejaba vislumbrar, debido a que su madre desaprobaba de que le infundiera ideas poco adecuadas para una señorita educada, especialmente durante sus largas estancias en el extranjero por sus estudios.

Todo lo conocía a través de Arthur, ya que desde que coincidieron en Eton no dejaron de ser amigos, incluso durante sus últimos años en Oxford.

Alice regresó a su habitación, sintiendo que terminar de bordar las iniciales la había agotado. Cada vez que se sentaba bajo el peral,

la opción de enterrarlo y olvidarlo se volvía más tentadora. Se acomodó frente al tocador, vacío de todo recuerdo sobre su amor por Arthur, que se había frustrado.

De repente, llamaron a su puerta. Su madre abrió y se acercó a ella con una sonrisa radiante. Alice intuyó que algo no iba bien.

—Veo que has vuelto de tu paseo —dijo su madre.

—Ya empezó a hacer demasiado calor —replicó Alice, buscando un lazo para recogerse el cabello.

—Eso es cierto —respondió su madre, mirando de reojo hacia la ventana. Luego se colocó tras ella y, posando las manos en sus hombros haciéndole sentir su peso, añadió—: Cambia esa cara, tenemos buenas noticias.

—¿Para ti o para mí? —preguntó Alice con desgano y una pizca de mofa.

Su madre refunfuñó.

—Obviamente son para ti. ¿Recuerdas al hijo del difunto barón Strasser?

Alice desvió la mirada, abriendo cada cajón hasta que su madre le detuvo la mano.

—Sí —respondió—, ¿acaso ha revivido?

—¡Cielos, niña! —bufó su madre, provocando que Alice se riera —. No, pero Paul ya tiene diecisiete años y han comenzado la búsqueda de una esposa.

—Si es eso, le deseo mucha suerte, aunque ¿no es un poco pequeño todavía?

—No lo es. Ya es un joven muy bien preparado para ejercer sus funciones.

—Bien, ¿y cuál es tu alegría, madre? —preguntó Alice con cierto escepticismo, al notar que el semblante de Rufina cambiaba a una expresión más amigable que aumentó su recelo.

—Que estás entre las candidatas y que muy pronto serás la primera en entrevistarte con él.

Alice se volvió hacia ella, con la mirada ensanchada y los ojos bien abiertos.

—¡Tiene que ser una broma! ¡Soy mucho mayor que ese niño! —exclamó, incrédula.

—¿Y eso qué importa? Además, mi hija es tan dulce y delicada que la diferencia no se notará —celebró la señora Becker, moviendo las manos con aspavientos y mucho entusiasmo, lo que solo sirvió para irritar aún más a Alice.

Capítulo 4

La noticia de su madre no hizo más que sumarle mortificaciones. Conocía a Paul e incluso recordaba el día del entierro de su padre, hacía cuatro años, al que asistió toda su familia. Tenía trece años por ese entonces y, a esa edad, solía estar pegado a las faldas de su madre, la baronesa Tatiana.

Frunció el ceño al mirarse en el espejo y luego se puso de pie para ir a buscar a su hermano en su habitación. Cruzó el pasillo a toda velocidad, levantando el faldón de su vestido de gasa para no tropezarse.

Tocó varias veces la puerta, pero no obtuvo respuesta. Entonces, la empujó y entró. El cuarto estaba vacío. Observó lo desordenado que se encontraba todo desde que regresó para instalarse de nuevo en casa.

Hacía tiempo que no entraba allí, así que, con las manos en la espalda, decidió husmear un poco hasta llegar a su escritorio, donde reposaban numerosos papeles y varias pilas de libros. Fue entonces cuando lo vio entre los documentos: aquel pequeño ejemplar encuadernado que no le había dejado ver antes.

Lo sacó de debajo de una de las pilas y lo examinó por el derecho y el revés, confirmando que no pertenecía a la colección de

su padre, la cual ella conocía de memoria al haberse convertido en una ávida lectora desde que aprendió a leer y escribir.

«*La doble moral del poder* de Etienne de Malgraux», leyó mentalmente, y el nombre del autor resonó en su cabeza como un susurro de letras *prohibidas*. Alice pasó las páginas del pequeño libro con cuidado. Las frases eran incisivas, casi peligrosas: «El poder se sostiene tanto en el oro que deslumbra como en las ideas que esclavizan. Quien controla la riqueza domina los cuerpos; quien controla el pensamiento, domina las almas».

Se quedó estupefacta tras leer esas líneas. De pronto, la puerta de la habitación se abrió, y un escalofrío recorrió su espalda. Gunter entró, cerrándola de inmediato mientras se apresuraba hacia ella, quien no pudo ocultar que había hallado el ejemplar.

—Te dije que no era una lectura apta para ti —la reprendió, quitándole el libro de las manos y guardándolo en su cajón bajo llave—. ¿Qué haces aquí?

—No estaba buscando el libro, si es lo que crees.

—¿Entonces lo tomaste por equivocación? —la acusó.

—Tampoco, pero me llamó la atención —contestó con inocencia.

—Mejor olvídalo —respondió su hermano, lanzando una honda exhalación—. ¿Y bien?

—Quiero que le digas a mamá que lo de ese niño es una mala idea.

—¿Te parece, querida hermana?

—¡Por supuesto!

—Aun así, está decidido por padre. ¿O ya olvidaste por qué era tan cercano al barón?

—Pero... —Quiso continuar protestando, mas se contuvo, mirándolo con impotencia.

Después, lo observó con enojo y caminó, haciendo resonar los

tacones medios de sus zapatos hasta llegar a la puerta.

—Paul estará de regreso en dos semanas, y cuando lo veas, seguro cambiarás de opinión.

—Lo dudo —murmuró, abriendo y cerrando la puerta con fuerza.

En el pasillo se encontró con su madre, quien conversaba sobre algún asunto con el ama de llaves, pero no se detuvo ni siquiera para saludarla y fue directo al estudio de su padre. Después de tocar la puerta con insistencia, le dio paso.

Caminó con bastante rapidez hasta el escritorio y se arrodilló frente a él, levantando las manos repetidamente como si lanzara alabanzas y no sus sufridos ruegos.

—¿Quieres decirme qué estás haciendo de forma tan dramática, querida hija?

—Padre, te suplico que no me obligues a tener una cita con ese niño.

Randolph Becker no pudo evitar reírse, aunque terminó siendo atacado por una tos repentina. Su madre y su hermano entraron sin demora, alertados, y se detuvieron en seco en el umbral.

—¡Cielos, Alice!, ¿qué demonios haces tirada en el piso? —preguntó Rufina, visiblemente molesta.

—Parece que le está haciendo una reverencia bastante cómica a papá —comentó su hermano con burla, lo que hizo que ella los mirara y gruñera mostrándoles los dientes con un gesto de enfado similar al de un pequeño perro que ha sido incitado por la rabia.

Capítulo 5

Alice suspiró profundamente mientras observaba la luna durante el trayecto hacia la mansión de los Wellesley, en Renton House. Era la noche de celebración del cumpleaños de Ruth, y aunque había decidido asistir, deseaba no haberlo hecho; presentía que no sería una noche divertida, como las de antaño, cuando aún albergaba esperanzas.

—¿Parece que no estás muy emocionada por ir a la fiesta? —preguntó la señora Trotter, su dama de compañía para eventos importantes.

—Lo estoy, me encantaría saludar a Ruth —respondió Alice.

—Supongo que sí, aunque solías mostrar más entusiasmo al ver al señorito Wellesley. —Alice suspiró con fuerza ante las insinuantes palabras de la mujer—. ¿Será porque va a casarse?

—¡Todos pueden casarse si lo desean! —replicó, dejándose caer de nuevo sobre el cojín del asiento.

—Incluso tú.

—Debo suponer que está muy feliz por la cita con el baroncito, porque así ya no tendrá que perseguirme a todas partes —ironizó, provocando una sonrisa furtiva de Trotter.

—Cielos, querida niña, siempre tienes unas ocurrencias tan

ingeniosas.

—Siempre esperé que se aburriera de mí —respondió Alice.

—Admito que lo estuve, pero por algo me consideran un amuleto de buena suerte.

Alice volvió a suspirar, negando con la cabeza. Desde que su madre la encargó a la elegante señora Margaret Trotter, solía discrepar de ella sobre lo innecesario de la situación, considerando que ella decidiría con quién casarse. Admitió, con cierto desdén, que, con el giro de los acontecimientos, ambas le habían ganado la partida y tal vez tendría que resignarse. La idea le hizo apretar los dientes.

El carruaje giró, adentrándose en las inmediaciones de la elegante casona iluminada hasta el exceso, y se detuvo a la entrada, donde su hermano Gunter, que iba montado a caballo, desmontó ágilmente para ayudarlas a bajar. Él ofreció su mano a Alice quien se colgó de su brazo, y los tres se dirigieron hacia el vestíbulo, desde donde ya se podía escuchar la suave música de cámara.

Los Wellesley también eran adinerados, sin embargo, no solían organizar demasiadas fiestas y llevaban una vida familiar muy reservada, dejando entrever solo lo necesario para los envidiosos. Los pocos eventos que realizaban eran catalogados como imprescindibles, si se lograba ser invitado.

Alice y su familia podían presumir de esa membresía, gracias a la profunda amistad que unía a Arthur con su hermano. A medida que avanzaban hacia el salón, el sonido suave y vibrante del cuarteto de cuerdas se hacía más intenso.

—Iré a buscar a Ruth —anunció Alice, tratando de ubicar el lugar que siempre solía ocupar: un pequeño palco alto, al lado de la música.

Sin embargo, aún no se encontraba allí.

—Yo iré por una copa y a saludar —dijo Gunter, haciéndole una seña a Trotter para que se encargara de ella.

La mujer asintió y Alice puso los ojos en blanco. De inmediato, tomó sus faldas y salió en busca de su amiga, deseando entregarle el obsequio que había comprado. En su camino, se topó con varias conocidas, deteniéndose a saludar de tanto en tanto hasta que perdió la orientación y lo vio.

Era Arthur. Se quedó observándolo mientras conversaba con su hermano y otros dos caballeros. A Alice se le secó un poco la garganta al notar que había cambiado desde la última vez que lo vio, hacía dos años. No imaginaba que se vería aún más alto, maduro y extremadamente atractivo, sin dejar de lado el aura rebelde que ella tanto admiraba.

—Ya sabes que se va a casar, ¿verdad? —comentó a su lado Lottie Sanderson, y ella apenas asintió—. Y es una pena, con lo guapo que está.

—No creo que lo sea —repuso, sacudiéndose justo cuando él fijó su atención en su dirección.

—Por supuesto que sí. Dicen que su prometida es una noble galesa —prosiguió Lottie.

Alice se sorprendió al no haberse enterado de esa parte de la noticia, tampoco quiso aventurarse a averiguarla por temor a que su madre la increpara, considerando que se trataba de lo que ella estimaba como una vana ilusión de niña tonta, porque las mujeres centradas no vivían de deseos efímeros, sino de realidades.

—¿Quién dijo eso? —indagó.

—Es un secreto, pero resulta raro que no lo sepas —continuó, soltando una risilla.

Alice notó el tono sarcástico en sus palabras y reconoció que quizá Gunter sí lo sabía, pero tampoco se lo habría contado, tal

como hizo con el anuncio del matrimonio. Un caballero se acercó para invitar a Lottie a bailar y ella aceptó gustosa, dejándola sola.

La joven volvió a poner los ojos en blanco, y al darse la vuelta se encontró con el rostro animado de la señora Trotter.

—Podrías tener más suerte si te mostraras menos huraña.

Frunció el entrecejo y la miró con desagrado.

—Si consigo que algún caballero me invite a bailar, ¿mis padres desistirán de organizar esa cita con el pequeño barón?

—Por supuesto que no —sentenció la mujer. Alice hizo una mueca y se apartó de ella para ir a buscar a Ruth, a quien por fin divisó.

—¿A dónde vas? —preguntó Trotter.

—A entregar mi regalo —respondió, levantando su pequeña bolsa de satén.

Alice no esperó más y se marchó rauda, impidiendo que la señora Trotter pudiera detenerla. Se reía y se burlaba de la expresión severa que ahora tenía la mujer mientras la observaba con sus manos en asa sobre su gruesa cintura. Imaginó que se lo contaría a Gunter, pero sabía que él no la reprendería por ello.

En este pensamiento estaba sumida cuando entró en el pasillo y no se dio cuenta de que alguien iba en la dirección contraria, tropezándose de frente con Arthur, quien la miró sorprendido.

—¿Estás bien? —le preguntó, acuclillándose para ofrecerle su mano y ayudarla a levantarse.

Alice observó su mano grande, hermosa y galante, pero el recuerdo de lo que ya era una noticia pública la hizo enojar como nunca. No quería que él fuera amable con ella ni que volviera a hablarle.

Recogió rápidamente todo lo que había caído al suelo y, levantándose, se marchó de allí.

Capítulo 6

Alice corrió, casi con desesperación, huyendo de allí y sin mirar atrás. Las lágrimas volvieron a fluir de sus ojos, y no quería que la vieran así de destrozada, para que no continuaran burlándose de ella. Respiró con fuerza al salir al vasto jardín de setos recortados, parpadeando varias veces para que el viento secara sus lágrimas.

Ralentizó su marcha hasta detenerse, sintiendo que se le encogía el pecho, mientras respiraba con agitación. Se encorvó, apoyando las manos en las rodillas, cuando un objeto de los que recogió del suelo por la prisa cayó a la grava, y sintió en su interior que no era suyo.

No podía ver muy bien de qué se trataba, así que empezó a tantear el suelo. Pronto se topó con el objeto, y en el momento en que lo atrapó con la mano, un ruido extraño la puso en alerta. Por un instante, no supo identificarlos hasta que percibió que se trataban de los jadeos ahogados de una mujer. Su cuerpo se erizó y abrió los ojos como platos. Allí, en la misma posición en la que estaba, comenzó a arrastrarse por la grava hacia la pared cubierta de hiedra, con la intención de descubrir quién era.

La hazaña provocó en su mente un torbellino de adrenalina. Lo que escuchaba cada vez más cerca no era algo que se debiera hacer al aire libre. Esa idea la llenó de una extraña sensación, pero, aun

así, no se detuvo; quería mirar. Deseó, con morbosa curiosidad, descubrir quién se atrevía a cometer esos actos inmorales en un jardín ajeno. No es que pensara que lo fueran, pero según la filosofía que le habían enseñado en casa, todo acto impuro solo era tolerado dentro del matrimonio, con fines exclusivos de procreación, y lo demás era considerado *reprochable*, además de vergonzoso a ojos de la sociedad.

Al fin encontró una rendija en la maleza por donde mirar. Allí, en efecto, había una pareja realizando actos impuros, y la sola visión de cómo se movía el cuerpo robusto y masculino contra las piernas abiertas de la mujer casi la hizo hiperventilar.

Sin embargo, no pudo dejar de observar hasta que parecieron alcanzar alguna especie de éxtasis que los llevó a besarse con pasión. Fue en ese momento cuando pudo reconocer el rostro de la mujer, quien pareció haberla descubierto en su escondite, cuando agarró el cuello de la camisa del caballero y miró en su dirección.

Alice se arrastró con rapidez de allí, al darse cuenta de que la mujer que se comportaba de esa manera vergonzosa en el jardín se trataba de Ruth. Se detuvo en seco en su huida al escuchar unas palabras que la dejaron lívida:

—Yo también te he extrañado, Gunter.

Eso la sumió en un estado de letargo; rio entre dientes, un poco histérica, y así caminó de regreso hacia el salón, donde se encontró con la señora Trotter.

—¡Por Dios! ¿Qué te ha pasado para que vuelvas así? ¿Acaso fuiste a revolcarte en el jardín? —la increpó, sacudiéndole con brusquedad el cabello y el vestido.

—No pasa nada. —Fue su escueta respuesta.

—Alice, no quiero pensar que estabas haciendo alguna travesura. Te quejas del barón, pero parece que la que sigue sin crecer eres tú,

niña —le reprochó.

Inmediatamente la instó a que buscaran un baño para que se arreglara.

—¿Puedes dejarme un momento sola?

—Me temo que no —respondió la mujer, inamovible, quizá pensando que podría hacer algún desastre allí.

Estaban en esa disputa cuando Ruth apareció y la miró sonriente.

—Puedo acompañar a la señorita Becker, también vengo a retocarme.

Era algo a lo que la señora Trotter no podía oponerse, así que asintió.

—Por supuesto, señorita, las esperaré en el salón.

Alice vio cómo cerraba la puerta, dejándolas encerradas a las dos, pero no se atrevió a decir una palabra a Ruth. Aunque lo que vislumbró la había impresionado, sentía que no tenía argumentos para reprocharle, ya que no descubrió su secreta actividad de forma intencionada, sino por pura casualidad.

—Estás demasiado callada, Alice, y sé que no eres así —dijo Ruth, mientras tomaba su pierna mala y la subía a un banco. Alice se giró hacia el otro costado para no ver cómo tomaba una toalla, la humedecía en el cuenco y se limpiaba la entrepierna—. Está bien si no quieres hablarme, pero esperaba que pudiéramos hacerlo.

Alice recordó que aún tenía el obsequio que le había traído, junto al objeto que tomó de Arthur por error. Decidió mirarlo, luego pensó que quizá no debió hacerlo, y aunque sabía lo que era, no esperaba encontrar que se trataba de una copia idéntica de la que tenía Gunter.

—¿Por qué tienes eso? —le preguntó Ruth.

Alice no supo qué responder y se quedó mirándola.

—¿Sabes de qué se trata?

—Un poco —contestó Ruth, encogiéndose de hombros.

—No es mío, se le ha caído a Arthur por casualidad —respondió, apenada, sin atreverse a mirarla a los ojos.

—Entonces deberías devolvérselo.

—¿Puedes hacerlo tú? —preguntó, con cierta timidez.

Ruth la miró, entrecerrando los ojos, y luego extendió su mano hacia su cabello para quitarle una pequeña hoja rota de hiedra.

—No lo creo, pero puedo ayudarte a que lo hagas —respondió, dejándola en un estado de incertidumbre, sin saber qué estaba tramando. En el fondo, y en su todavía inocente pensamiento, Alice tenía decidido que nunca más volvería a verlo, porque le había roto el corazón, aunque sin saberlo.

Capítulo 7

Alice pensaba día y noche en que tenía que devolverlo, pero se negaba a tener que hacerlo o buscar la manera. Dos días después de la fiesta de Ruth, su mente seguía dando vueltas al recordar lo que presenció entre su hermano y ella. Se sintió enojada, pues no era algo que hubiese esperado ver en el jardín ni en ningún otro lugar. Meditaba en ello y, al momento de repasar los pensamientos que Gunter albergaba acerca de Ruth, ese enojo crecía, ya que parecía haber caído en sus propias contradicciones.

La ira que le provocó lo que en el fondo sentía como una traición la llevó a cuestionar su relación con él, y a ratos llegaba a aborrecerlo tanto como lo amaba. Buscó el pequeño libro que, sin querer, le hurtó a Arthur y lo inspeccionó por todas partes. Tras su escrutinio, determinó que se trataba de una copia exacta de algún tipo de manuscrito prohibido de un pensador francés.

A pesar de haberse abstenido de leerlo, no pudo resistir el encantamiento de cada línea; quedó fascinada por una tesis que afirmaba, en secreto, que el poder no se sostenía solo en la riqueza deslumbrante, sino en las ideas que se infiltraban en las conciencias. Y todavía más, la idea de que eso despertaba el interés de muchos hombres le parecía intrigante. Al mismo tiempo, también muy

ignorante de las luchas de poder ideológico.

Sacó su cuaderno de apuntes y garabateó cuatro palabras que resaltaban al final del enunciado: la *fragilidad* del poder. Ruth le había confesado que sabía algo, lo que aumentaba la pregunta sobre si debía entender, o no, esos posibles ideales *peligrosos*. No sabía si en realidad lo eran, pero le costaba aceptar que Ruth tenía sus propias ideas sobre hacer ese tipo de cosas con su hermano. El recuerdo la hizo inquietarse y sobresaltarse, justo cuando tocaron su puerta.

De inmediato, tuvo que cerrar el libro y esconderlo en su caja bajo la cama. Al abrir, se encontró con la doncella, que le anunciaba que la esperaban en el comedor. Alice asintió y bajó donde ya estaban todos reunidos alrededor de la mesa, ocupando su lugar en absoluto silencio.

—¿Te sucede algo, hija mía? —le preguntó su madre, quizá intuyendo que su mutismo no era algo habitual.

—No me sucede nada, madre —contestó con brevedad.

—Estás demasiado callada, y mi hija, por lo general, es un revoltoso pajarito.

—Estoy bien.

—Tal vez necesites un poco de aire fresco —intervino su hermano.

Ella alzó la mirada inquisidora en su dirección.

—El aire está muy bien aquí —replicó, intentando enseriar su voz.

—Si mi pequeño colibrí dice que está bien, no creo que haya que obligarla a ir —mencionó su padre con cariño, llamando su atención.

—¿Ir a dónde?

—Ruth Wellesley te ha enviado una invitación para que la acompañes en su viaje a la casa de campo —respondió su madre.

Alice miró a Gunter con el ceño fruncido, y él se encogió de hombros y continuó comiendo.

—Si no quieres salir, enviaremos una carta de disculpa —repuso su padre.

—Yo no le haría un desaire tan desagradable a la señorita Wellesley —intervino su madre.

—¿Tú qué opinas, Gunter? —lo cuestionó.

—¿Debería emitir algún juicio? Ruth es tu amiga, no mía.

Su respuesta la irritó; en su interior quería gritarle que, después de lo que vio, le resultaba todo lo contrario, pues parecía conocerla muy a fondo. Sin embargo, meditó que debía devolverle ese libro a Arthur.

—Está bien, si Ruth quiere que la acompañe, iré —dijo, librando un duelo secreto de miradas desafiantes con su hermano.

Después de la breve discusión terminaron de cenar, y Alice volvió a su habitación con la carta de invitación que le había entregado su madre, a quien le mortificaba la idea de convocar de nuevo a la señora Trotter.

Leyó el escrito varias veces después de tomar un baño y prepararse para ir a la cama. Escuchó unos ligeros golpecitos cuando se disponía a meterse bajo las cobijas, así que fue a abrir la puerta, a regañadientes.

Allí se encontró con Gunter, recostado contra el marco. Alice se alejó dándole la espalda, volviendo al interior de su habitación.

—Creí que ya habíamos superado la etapa en que odias a tu hermano —dijo, cerrándola tras de sí.

Ella se sentó en la cama y él hizo lo mismo a su lado.

—Tengo derecho a hacerlo.

—Si te desagrada la idea de acompañar a Ruth, solo no vayas.

—Ya di mi palabra, iré; quédate tranquilo —refunfuñó. Gunter se

echó a reír a carcajadas, descolocándola—. No he dicho un chiste.

—Pero lo parece, hermanita.

—Ya basta con eso.

—Lo digo en serio.

—Yo también —se quejó abriendo los ojos—. Tal vez solo deberías ser sincero conmigo y decirme la verdad sobre Ruth.

—¿Qué verdad?

—Que ella te agrada —chilló, apretando los dientes.

—Pero es cierto, Ruth me agrada.

Alice se volvió hacia su hermano, temblando de rabia y con los labios entreabiertos.

—¿Solo eso?

—No veo a qué viene tu cuestionamiento —repuso, haciendo que ella resoplara con indignación. Entonces decidió que quería ir con más razón a ese paseo, solo para preguntarle a Ruth cuál era su juego secreto con Gunter y, de paso, devolver el libro hurtado sin querer.

—De acuerdo, ya puedes irte. Me voy a dormir —dijo, empujándolo para que se levantara de la cama y enseguida se metió bajo las cobijas tapándose de pies a cabeza.

Así permaneció hasta que Gunter no tuvo más remedio y apagó la vela saliendo de la habitación, sumiéndola en la oscuridad que empezaba a apoderarse hasta de sus propios pensamientos.

Capítulo 8

El fin de semana llegó y, para su suerte, su madre no pudo conseguir que la señora Trotter se uniera al viaje como su compañía. Tendría que ir ella, o eso creía Alice hasta que Gunter apareció montado en su caballo y anunció que se encargaría de cuidarla. No sabía —o tal vez la intuyó— la razón de este cambio; no obstante, su padre le había concedido un merecido descanso de fin de semana para que él la cuidara.

Al llegar a la mansión, Ruth ya la esperaba, sonriéndole con evidente emoción por haber aceptado ser su acompañante como solía hacerlo en ocasiones anteriores.

—Solo he aceptado porque necesito devolver algo —le dijo cuando ambas se sentaron en el interior del carruaje tras acomodar los equipajes.

—Lo sé; además, la distancia será buena para conversar con más calma.

—Yo... los vi esa noche, a ti y a Gunter... —Comenzó Alice con voz pausada, justo en el momento en que el cochero arreaba los caballos y se ponía en marcha a todo galope. No tenía intención de mencionarlo en ese instante, pero no podía esperar más para sacarlo de su interior. Ruth la miró con seriedad mientras ambas eran

sacudidas por el galopar de los caballos.

—También lo sé —repuso Ruth sin ningún atisbo de culpabilidad. En ese momento, Gunter pasó junto a la ventana; y, montando a su lado, Arthur, que mantenía su vista al frente.

—¿Van bien las señoritas? El camino está un poco rocoso.

—Todo en orden, señor Becker —contestó Ruth, mientras ella observaba el hermoso perfil de Arthur, quien también la miró de reojo antes de espolear su caballo y adelantarse a la marcha.

Gunter les hizo un saludo, sin detener su mirada en ninguna de las dos, y continuó su camino.

—¿M-me viste? —preguntó Alice, algo abrumada, cuando el carruaje volvió a la calma.

—No, pero intuí que alguien lo había hecho —respondió Ruth, provocando que Alice soltase un resoplido.

—¿Por qué hacen ese tipo de cosas en un lugar así? Alguien más pudo haberlos visto —se quejó.

—¿Eso te preocupa, Alice? ¿Que tu hermano y yo tengamos relaciones en el jardín?

—¡Cielos, Ruth! —exclamó sintiendo cómo se le coloreaba todo el rostro. Se llevó las manos a la cara, avergonzada por el ardor de sus mejillas, mientras su amiga se reía a sus anchas.

—Solo es un poco de caridad con esta pobre lisiada, así que no te preocupes; no voy a arruinar el futuro de Gunter. No es mi intención —dijo, una vez que logró calmarse.

—¿Cómo puedes decir eso? Esas cosas solo deben hacerse por amor.

—¿Y crees que eso es cierto? —la cuestionó Ruth, dejando a Alice en un momento de repentina reflexión sobre lo que consideraba *amor*.

Recordó lo que le dijera su madre y admitió que los matrimonios,

tanto en su época como en la de ellas, seguían teniendo el mismo peso social: familia y estabilidad.

—El amor existe —respondió con firmeza, convenciéndose de que lo había sentido así.

—El amor es una ilusión —replicó Ruth.

—¿Por eso permites que Gunter te haga eso?

—La verdad, sí, y no me lo paso tan mal.

—¿Y qué hay de mi hermano?

—Nada. Es igual a todos los caballeros; pasaremos buenos momentos y, al final, encontrará a la mujer que le dará la estabilidad familiar que exige el protocolo —explicó, como si fuera una opinión irrelevante para Alice.

—¿Y si él te quiere? —preguntó, y de nuevo Ruth rompió a reír, lo que la enfureció, ya que parecía tomarse las conversaciones serias sobre los sentimientos como si fueran un chiste al que no tenía por qué darle una respuesta.

Tras contemplar la diversión de su amiga por un momento, Alice reflexionó que quizá esa también era la postura de su hermano, y que su pasión solo se relegaba a disfrutar ese momento. Sin embargo, esa suposición la hizo sonrojarse de nuevo al considerar tal posibilidad.

Mientras su compañera se echaba una pequeña siesta, Alice se sumió en esos furtivos pensamientos, observando el campo que se extendía como un tapiz verde a lo largo del recorrido, hasta que llegaron al pueblo de Bibury y atravesaron las calles de Arlington Row, flanqueadas por una hilera de encantadoras casas de piedra, con sus techos inclinados cubiertos de musgo. Los cascos de los caballos levantaban tanto el polvo de la grava como la curiosidad entre los habitantes del lugar a su paso.

La comitiva siguió su camino, acompañada por el murmullo a lo

lejos del río Coln hasta llegar a su destino: Stone House, la encantadora casa de campo de los Wellesley. Alice ya había estado allí, también con Ruth; sin embargo, nunca había tenido la compañía tan cercana de Arthur, y la idea de esto hacía que su corazón casi galopara sin freno dentro de su pecho.

Capítulo 9

Stone House era un lugar maravilloso, una casa de campo señorial, discreta pero sólida, con techos de pizarra oscura un poco inclinados y cubiertos en partes por el crecimiento de musgo y líquenes, favorecido por la alta humedad, la sombra y el aire limpio de la campiña. Sus muros eran de piedra caliza color miel, adornados por flores y plantas trepadoras cuya hermosura vibraba con la estación primaveral, y tenía ventanas pequeñas de gabletes que reflejaban la luz como espejos irregulares.

Alice descendió primero y se dejó envolver con el aire aromatizado proveniente del jardín de hierbas, donde el romero y las flores silvestres se asomaban junto a la entrada; todo estaba igual de luminoso, tal como lo recordaba.

La puerta de roble macizo, con herrajes de hierro forjado, fue abierta por el mayordomo, emitiendo un suave chirrido que la hizo estremecer al darles la bienvenida.

—Los estábamos esperando —manifestó el hombre con un gesto de saludo, realizando una leve inclinación.

—Gracias, adorable señor Bert —respondió Ruth, con jocosa parsimonia, asomándose por la puerta del carruaje para bajar.

Arthur y su hermano ya habían desmontado; fue este último

quien la ayudó, llevándola luego en brazos hacia el interior de la casa.

—¿Entramos, señorita? —preguntó Arthur rozándola apenas un poco cuando pasó a su lado, con lo que Alice sintió un sobresalto que la obligó a tragar con fuerza. Él se detuvo apenas para indicarle que avanzara porque se había quedado rezagada como piedra.

La muchacha apretó su neceser, caminando erguida y en línea recta, subiendo cada escalón de la entrada hasta la puerta donde los aguardaban el mayordomo y varios criados enfilados, a quienes les encargó abrir los establos para abrevar a los caballos. Al cruzar el umbral, respiró profundamente para calmar sus emociones mientras el acogedor interior del vestíbulo la recibía como un cálido abrazo.

Las vigas de madera y los muebles de roble daban a la estancia un aire de sobriedad, pero también de refugio. Alice pensó que aquella casa no era solo un lugar de descanso; era un espacio donde el tiempo parecía detenerse, y donde la cercanía de Arthur dotaba de un nuevo significado a cada detalle que había visto en ocasiones anteriores.

—¿Desea que la acompañe a la habitación, señorita? —preguntó una de las doncellas que se acercó para ayudar.

—S-sí, está bien.

Arthur, que todavía estaba allí, no pronunció más palabras, por lo que luego de despedirse caminó detrás de la mujer y de otro criado que transportaba el equipaje hacia las estrechas escaleras que llevaban a la segunda planta. Aun cuando miró de reojo hacia atrás con el corazón latiéndole contra las costillas, él continuaba allí, de pie como un imperturbable vigilante.

En el pasillo se encontró con Gunter, después de haber dejado a Ruth en la habitación. Él apenas le sonrió acariciándole la cabeza antes de dirigirse rápidamente hacia Arthur en la planta de abajo. En

la habitación que siempre compartía con Ruth, esta se encontraba descansando sentada en una poltrona junto a la ventana; se había deshecho de los pesados zapatos de plataforma con los que alineaba un poco su cojera y se sobaba los tobillos.

Alice se acercó para ayudarla.

—¿Le trajiste el libro? —le preguntó Ruth.

Alice se despabiló, asintiendo con la cabeza.

—Sí, también vine a eso.

—Creí que era lo más importante, y te advierto que ha estado buscándolo como un poseso.

—¿No sabe que yo lo tengo?

Ruth negó con la cabeza con mucha vehemencia.

—Tampoco se lo he dicho. Si tú guardas un secreto, yo guardaré el tuyo.

—N-no es un secreto, fue una equivocación —protestó, aunque en el fondo esto era lo que se había convertido en el motivo real de su aceptación; sin embargo, la desilusión por aquello que ya comenzaba a aceptar como un deseo prohibido comenzaba a golpearla con su cruel realidad.

—Lo que haya sido, debes devolvérselo.

—¿Qué importancia tiene para ti que lo haga? —preguntó con un poco de malhumor.

—Ninguna, pero debe tener alguna para ti —insistió esta irritándola.

Alice admitió que todos conocían la admiración que sentía por Arthur, pero ninguno de ellos, el secreto que tenía arraigado como una tonta obsesión en su corazón durante esos siete años. No obstante, fue ese impase por no poder enfrentarlo lo que la llevó a descubrir el escarceo que su entrañable amiga mantenía con su hermano.

Pese a las explicaciones, en el fondo seguía sin entenderlo, porque lo que hacían en secreto contradecía aquello que se les inculcaba a todas las damas modestas y conservadoras de la sociedad.

—¿No has pensado que quizá no fue buena idea que Gunter viniera? —comentó.

—¿Por qué? ¿Temes que sea muy cariñoso conmigo?

—¡Cielos, Ruth! No deberías ser tan descarada —gruñó, sintiendo la sátira de sus palabras.

Comprendió que era algo que siempre hacía, aprovecharse de su diferencia de edad para burlarse de su inocencia sobre ciertos temas o situaciones sobre los que a ella no se le permitía indagar de más, solo lo justo para comprenderlo, aunque no lo hiciera del todo y solo terminara teniendo más dudas y una confusión grande en su cabeza.

Por supuesto, no lo aclararía con su madre; y aunque le fastidiaba la idea, fue consciente para sus adentros de que quizá Ruth podía darle esas respuestas tan complejas. La conversación se detuvo allí al escuchar desde afuera la risa grave y divertida de Gunter, contendiendo con la firme y aterciopelada voz de Arthur, quien cuando Alice asomó su rostro a la ventana, miraba en esa misma dirección, causándole otro gran sobresalto.

Capítulo 10

—Solo dime si te molesta y nada más —retomó la charla Ruth, encogiéndose de hombros al asomarse a la ventana y, sonriendo, saludar con la mano a los hombres que se encontraban abajo en el patio.

Alice aprovechó el momento para recobrar su lugar, frunciendo el ceño al mirarla.

—Sí me molesta. ¿Dejarás de buscarlo? —la inquirió.

—No —respondió Ruth con una contundencia que la abrumó.

Ruth volvió a centrar su atención en Alice, observándola con una mirada pétrea y casi intimidante que le robó un suspiro. Intuyó que esa sería su respuesta, pero en el fondo sabía que era una mentira para enmascarar una realidad diferente. Lo supo con certeza al recordar la forma en que ambos se veían tan compenetrados mientras se abrazaban con fuerza, escondidos entre la maleza del jardín, iluminado débilmente por las farolas que estaban encendidas para la ocasión.

Ese recuerdo le dio un vuelco en el pecho que la hizo sacudirse, un poco azorada, lo que provocó que Ruth la mirara de manera taimada. Hacía mucho tiempo que no compartían a solas, y las pocas ocasiones que tenían solían ser por temas especiales, dado

que no era asidua a las conglomeraciones ni a las típicas reuniones de damas.

Sin embargo, Alice admitió que nunca tuvo conversaciones tan extremas, explícitas y *profundas* como esa, y quizá eso se debía a que solo hasta entonces descubrió lo que ella y Gunter hacían. Seguía sin entender su finalidad, porque ambos destinos ya estaban marcados, incluyendo el de ella misma y el de su hermano, Arthur.

Al menos, ya conocía el camino que había trazado para su hermano, un matrimonio arreglado, en el que ella no figuraba por ningún lado. Pensar en eso le generaba un poco de pena y la llevaba a contradecirse, cuestionándose si estaba bien o mal dar rienda suelta a deseos *prohibidos*, aunque estos no tuvieran ningún resultado.

Arrugó el ceño, negándose a comprender el motivo detrás de su confirmación.

—¿¡Por qué no!? —preguntó.

—Porque no quiero dejar de sentir, y te aseguro que cuando tú lo hagas, tampoco querrás hacerlo.

Alice se quedó pensativa, deliberando si había entendido bien lo que Ruth quería decir o a qué se refería, pero su curiosidad la llevó a querer saber más.

—¿Qué no quieres dejar de sentir? —La pregunta arrasó sus sentidos, abrumándola un poco. Tras ello, Ruth le sonrió con mayor picardía.

Un golpe en la puerta interrumpió su conversación; era el señor Bert, avisando que venían a preparar la tina para que ella pudiera tomar un baño. Las dos permitieron su entrada y aguardaron en silencio, mirándose mutuamente mientras el mayordomo vigilaba que las doncellas lo dejaran todo preparado.

—Así está bien, ya pueden irse —dijo Ruth cuando el señor Bert

indicó que dejaría a dos mujeres para ayudarla.

—¿Está segura, señorita Ruth? —dijo el hombre, no muy convencido.

—Sí —respondió ella, mirando a Alice—, la señorita Becker me ayudará.

El hombre asintió de inmediato y ordenó que las dejaran a solas.

—¿En serio quieres que te ayude? —le preguntó, cuando pidió su apoyo para levantarse.

—Sí, así no tendremos a nadie espiándonos, solo las paredes.

—¿Qué dices? —Alice rio, sin entender del todo su metáfora.

Ruth caminó hacia el pequeño cuarto contiguo, donde habían llenado la rústica tina de madera forrada en su interior. El agua aún humeaba, creando una nube de vapor en el ambiente del pequeño cuarto, que estaba aislado y ventilado por una pequeña buhardilla.

—Ven, ayúdame o se enfriará rápido —la instó.

Eso hizo que se despabilara y fuera de inmediato a ayudarla a deshacerse del pesado ropaje, quedando solo con su camisa de lino. Ruth se apoyó en ella para ingresar en la enorme tina, acomodándose en uno de los extremos con el agua hasta el cuello.

Por un momento, Alice se quedó por completo inmóvil, observando cómo la tela se adhería a la piel extremadamente blanca e inmaculada de Ruth, perfilando su figura. No pudo evitar el rubor que subió a sus mejillas.

—¿A qué esperas para meterte? El agua está deliciosa.

—¡Estás loca! ¿Cómo pretendes que me meta allí contigo? —reaccionó, causando que una risilla burlona escapara de Ruth, lo que terminó descolocándola—. ¡Iré afuera!

—Recuerda que no hay nadie para ayudarme —manifestó Ruth, deteniéndola en seco.

Alice suspiró, entendiendo que su amiga siempre solía hacerle

bromas, y que ella terminaba cayendo en ellas debido a su inocencia. Regresó.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó con precaución.

—Solo entra, para que podamos terminar la conversación. Anda, solo tenemos hasta que el agua se nos enfríe.

Alice pensó que lo que decía era convincente, aunque lo que pretendía no lo fuese. Sin embargo, muy en el fondo, quería escuchar la explicación de Ruth, lo que la hizo reír de soslayo. De inmediato comenzó a quitarse el vestido y se acercó de espaldas a la tina para que ella le aflojara el corsé.

Una vez que se desprendió de todo, se metió con cuidado en el agua tibia, sentándose en el extremo opuesto de donde permanecía Ruth con las rodillas recogidas y una expresión diáfana en la mirada. Tiritó un poco por el cambio de temperatura, pero poco a poco se habituó y se sumergió hasta que el agua le llegó a la altura del cuello, cubriendo su frente con las manos.

El efecto de su camisa sobre su cuerpo fue el mismo y sintió cómo se pegaba como una segunda piel. Ruth cerró los ojos y dejó caer su cabeza hacia atrás. Alice la observaba meticulosamente, tragando saliva despacio, cuando la vio hacer un movimiento que tensionó todo su cuerpo.

—¿Q-qué haces? —casi tartamudeó al notar cómo esta abría las piernas y movía su mano entre ellas.

—Solo... observa —respondió Ruth con la voz afectada y su frente perlada de gotas de sudor, sin abrir los labios.

El cuerpo de Alice se tensó hasta casi temblar al ver cómo Ruth serpenteaba su figura bajo el agua, con una sinuosidad que le hizo abrir los ojos de par en par y apretar sus rodillas, justo cuando comenzó a emitir sonidos ahogados, muy parecidos a los de *aquella noche*.

«¿Qué estaba haciendo?», se preguntó, sin poder dejar de mirarla y estremecerse en su propia piel.

Capítulo 11

Alice permaneció rígida, con la espalda apoyada en el suave forraje de la tina, tragando saliva rápidamente mientras trataba de ralentizar su agitada respiración. Sin embargo, la vista de Ruth mordiendo la tela de su camisa para amortiguar los sonidos feroces y guturales que salían de su boca le impedía lograrlo. Alice experimentó un estado crítico de espanto, que solo se disipó cuando la fuerza de los movimientos de Ruth se detuvo y esta quedó exhausta.

Fue solo entonces que Ruth enderezó la cabeza y la miró con una expresión satisfecha en el rostro que dejó a Alice anonadada. Ya no se cuestionaba qué estaba haciendo, sino qué había logrado.

—Supongo que estás espantada —dijo Ruth.

—¿Por qué hiciste eso?

—Se llama placer.

—No... no es lo que he preguntado —masculló, bajando la mirada hacia el agua en la que su cuerpo se transparentaba.

—Pero quieres saberlo.

—Deja de decir esas cosas, Ruth.

—Lo entendí hace unos años, cuando también tenía muchas dudas como las que tienes tú —comenzó a hablar con una voz más

apaciguada, captando así su atención.

Alice alzó la mirada.

—¿Dudas sobre qué?

—Sobre el placer entre las personas, para ser más específica.

—¿Y tú qué sabes de eso?

—¿Acaso no lo has visto?

—Sí, pero Gunter y tú no se van a casar —murmuró.

—¿Y eso qué?

—Es prohibido.

—Que lo sea no significa que no se pueda hacer. Siempre puedo utilizar mi mano —arguyó, mostrándosela y moviendo cada uno de sus delgados y finos dedos. Alice casi hiperventiló al recordar lo que le vio hacer con ella.

—¡Cielos, Ruth! —exclamó, horrorizada, tapándose los ojos mientras Ruth se reía a sus anchas de su ingenuidad.

Lo era, pues se trataban de cosas que jamás habían pasado por su cabeza, ni siquiera con su loco y obsesivo enamoramiento.

—El resultado es el mismo que cuando estás con un hombre; solo que la sensación de la piel es mucho mejor.

—¡Cállate! —chilló, tapándose los oídos y negando con la cabeza una y otra vez.

—Eso es lo que Gunter me enseñó, cómo se sentía de verdad. No quiero que lo culpes por ello; yo se lo pedí de rodillas.

Alice dejó de negar y la miró. Esta vez, Ruth no reía; su expresión era serena y muy seria.

—Si él cedió a tus ruegos, eso no lo hace un buen hombre.

—Te aseguro que es el mejor de todos, así que no lo juzgues. Lo del jardín solo fue un impulso, porque a veces simplemente no puedes contenerte.

—¿Y qué harás cuando Gunter se case? ¿Seguirás rogándole que

te dé placer? —la cuestionó.

—No —contestó Ruth, haciéndole sentir una profunda pena.

—¿Y no harás nada al respecto?

—¿Quieres que arme un escándalo y lo reclame para mí?

—No me refiero a eso, sino... a ti. ¿Acaso no piensas casarte?

—¿Te has preguntado cuántos hombres han venido a pedirme matrimonio por voluntad propia, sin que una pierna coja les parezca un pequeñísimo defecto?

Alice se quedó pasmada mirándola. Sabía que todos hablaban a sus espaldas y la criticaban por ello.

—Quizá...

—Ninguno —sentenció Ruth, poniéndose en pie al apoyarse en el borde, levantando una capa de agua que la salpicó con gotas ya frías. Alice también se incorporó para ayudarla al ver que se tambaleaba, pero la detuvo en seco con su mano—. Tranquila, yo puedo sola.

Tras su negativa, Alice se quedó de pie, con la ropa goteando, mientras la observaba arrastrar su pierna hacia el mesón donde habían dejado las toallas de lino para secarse. Ruth le lanzó otra que atrapó contra su pecho, cubriéndose de inmediato al notar que todo se le transparentaba.

Ruth la miró y luego caminó hacia ella.

—Gra... gracias —le dijo, trémula, cuando la tuvo enfrente, apretando la suave tela.

En el estado en que estaban, su cercanía la puso muy nerviosa. Su amiga era un poco más alta.

—No estoy enojada, tampoco lo dije para que te sientas mal o me tengas lástima —respondió, casi arrancándole la toalla de las manos y colocándosela en el cabello, comenzando a secarla.

—Ruth... —protestó Alice, removiéndose; que hiciera eso la hacía

sentir extraña. Quiso evitarlo, pero esta le atrapó la mano.

—También puedes realizarlo cuando lo desees —le dijo, llevándola luego hasta su entrepierna, a pesar de su reticencia. Su respiración aumentó, lo que causó que sus latidos se aceleraran y comenzara a transpirar cuando le levantó la prenda.

—¿Qué... haces...? —intentó protestar, pero no pudo evitar que la hiciera tocarse.

—Si lo haces despacio con tu dedo, se sentirá mucho mejor —le susurró, inclinándose sobre su oído, y la calidez de su aliento impregnó su cuello.

Alice tragó con fuerza el nudo que se formó en la garganta cuando le soltó la mano y se alejó sonriéndole con picardía, como si el altercado que habían tenido ya no le significara nada. Esta vez se cubrió por completo la cabeza para ocultar el rubor que le hacía arder todo el rostro.

Capítulo 12

Alice se quedó pensativa, tratando de asimilar todo lo que había acontecido con Ruth, mientras observaba en el reflejo del espejo cómo la doncella que fue a ayudarlas le cepillaba la cabellera rubia.

Apartó la mirada justo cuando encontró la suya en el espejo del tocador, sacudiendo al instante, de su cabeza, los pensamientos convulsos que no dejaban de agobiarla. Quizá con toda intención, Ruth había sembrado en ella una semilla que empezaba a brotar, haciendo que aun sin estar enferma sintiera su cuerpo febril.

—¡Iré a buscar a Gunter! —exclamó como excusa, algo azorada. De inmediato, se dirigió a su equipaje en busca del pequeño libro.

Necesitaba cumplir con el objetivo de su viaje y ya no podía seguir evitando a Arthur solo por no sentirse tonta. Además, sería imposible no encontrarse con él si iban a estar allí todo el fin de semana. Pensó que podría hacerlo después del almuerzo, pero aún faltaba para ello.

Envolvió el libro en un pañuelo y, con el paquete apretado contra su pecho, caminó por la estancia en su búsqueda. Imaginaba que estaría con Gunter, pero este se hallaba dormido en la biblioteca, con un libro tapándole la cara.

Pensó que tal vez lo encontraría afuera, así que se dirigió al

jardín, saludando con amabilidad a los criados que se encontraba y sonriéndoles con timidez. La mayoría de ellos la recordaba y correspondía a su saludo. Sin embargo, no halló a Arthur por ningún lado.

—¿Busca a alguien, señorita? —le preguntó uno de los mozos que llevaba a uno de los caballos.

—Eh... sí, ¿ha visto de casualidad al señor Wellesley? —preguntó con voz pausada.

El muchacho rio.

—Sí, señorita, ha ido a la casa de invitados con el señor Bert, la están preparando para recibir a su prometida —señaló, sonriendo.

La mención de ello le estrujó el pecho; sin embargo, meditó en que era algo que ya no se podía remediar, porque lo que le había dicho a Ruth también aplicaba para ella. Solo que no le hacía mucha gracia que la quisieran comprometer con alguien dos años menor que ella.

Decidió que no podría hacer lo que se había propuesto si él estaba ocupado en algo importante y decidió esperar. En su lugar, descendió por el sendero que conducía al río. Faltaba poco para el mediodía y el aire estaba impregnado de la frescura de la hierba primaveral, junto al murmullo del agua que se mezclaba con el canto de los pájaros.

El Coln serpenteaba entre prados verdes, reflejando el cielo como un espejo líquido. Las orillas estaban bordeadas de hierbas altas y flores silvestres que se inclinaban suavemente con la cálida brisa del mediodía. Se detuvo en el pequeño puente de madera, observando cómo el agua corría debajo. El sonido del río era distinto al bullicio de Londres; sin carruajes, ni voces apresuradas ni las alharacas de su madre, solo el ritmo constante y casi hipnótico de la corriente.

Como se encontraba sola, desenvolvió el libro y lo abrió en la página en la que se había quedado la última vez que lo leyó: un capítulo dedicado a la disertación sobre *la filosofía de las pasiones ocultas*. No eran lecturas en absoluto románticas, como los libros de poesía que le permitía leer su padre, un ávido amante de la lírica formal.

Su hermano tenía razón en que no era un libro adecuado para señoritas cultas, pero no podía dejar de lado la *dualidad* que eso significaba. Por un lado, podía disfrutar de poemas escritos por hombres que sosegaban el alma con sus letras románticas, castas y apacibles, y por el otro, la locura de un pensamiento que podría considerarse herético.

No era algo que supiera por sí misma, sino que lo había descubierto en el manuscrito, un nuevo vocabulario que el mismo autor de semejantes letras le enseñaba a gritos.

Tuvo que cerrarlo de golpe y, al hacerlo, se llevó una gran sorpresa.

—Supongo que he encontrado a la pequeña ladrona de mi tesoro.

El tono grave y jocoso de la acusatoria voz de Arthur la sobresaltó sobremanera, y casi tembló.

—¡Yo no lo robé! Te lo juro. Fue una confusión —exclamó, exaltada, con el corazón martilleándole contra las costillas mientras apretaba el pequeño ejemplar en sus manos.

—Entonces ¿me lo devuelves, señorita Becker? —continuó él con voz de seda, causando que tragara con fuerza la saliva que parecía solidificarse en su garganta.

—Lo... lo siento... lo tomé sin querer cuando tropezamos esa noche —dijo, extendiéndoselo, mientras ocultaba su culposa mirada.

Su intención era devolvérselo y luego salir corriendo, pero él le

apresó la muñeca, impidiendo su escape. Alice respiró agitada, sintiendo cómo esa mano grande se cerraba alrededor de su frágil puño, evitando que se escapara.

—¿Por qué parece que siempre estás huyendo de mí, pequeña Alice? —le preguntó mirándola a los ojos.

Ella tuvo que despabilarse y aclaró su garganta para hablar.

—Yo... no lo hago.

—Yo creo que sí, y necesito una explicación. No recordaba que fueras tan esquiva —arguyó él haciendo que resoplara de soslayo.

—Debe ser porque he crecido.

—De eso ya me he dado cuenta —adujo Arthur, y un rubor le encendió las mejillas, haciéndola sentir un poco tonta por la importancia que le daba a ese hecho.

Primero le quitó el libro y luego la liberó despacio, quizá esperando que, cuando lo hiciera por completo, ella emprendiera su huida. Sin embargo, la idea le resultó patética, pues había afirmado que ya no era una niña.

—Yo... lo tomé sin querer...

—Y has estado leyéndolo, ¿verdad? —la cuestionó. Alice abrió los ojos con espanto.

—No —murmuró, apretando los dientes, llevando las manos a su espalda y casi haciendo un surco en la madera vieja con la punta de su zapato, pero Arthur se echó a reír con la misma parsimonia descarnada que mostraba Ruth, por lo que no le quedó más remedio que añadir—: Solo un poco.

La admisión la dejó sin aliento y a la espera de una reprimenda, como la que le daría Gunter si la descubriera.

—Gracias por confesarlo, pero no volverás a hacerlo —declaró Arthur, palmeándole la sien con el librillo cuando pasó a su lado para seguir su camino de vuelta a la casa principal.

Ella lo miró con resentimiento.

—¿¡Por qué no!? —inquirió con exigencia, haciendo que él arqueara sus cejas con sorpresa. Luego su expresión se suavizó.

—Porque no es una lectura para señoritas dulces y educadas como tú, pequeña Alice.

Ella lo miró con rabia, resentida por que le recordara su naturaleza ingenua e inocente, y por querer comportarse como si fuera su hermano Gunter. Pero lejos de amedrentarlo con su fulminante mirada, su pataleta solo lo divirtió como en el pasado, cuando era más pequeña y soñadora y no le prestaban atención.

Capítulo 13

Después del almuerzo, en el que Alice estuvo muy callada frente al bullicio de los demás comensales, Ruth se retiró a descansar a la habitación, hasta que el sol se pusiera y les permitiera salir a dar un paseo por la pradera. Por su parte, ella decidió ir a la biblioteca en busca de un libro que fuera acorde con su *inocencia*.

Al entrar estaba solitaria y silenciosa, como solían estarlo todas. No encontró a nadie allí, y en la mesa de centro yacía cerrado el libro que Gunter, quizá, esperaba que se le metiera por sí solo en la cabeza mientras se echaba la siesta por el cansancio del viaje. La idea la hizo reír, y enseguida comenzó a deambular por los estantes hasta que encontró un pequeño poemario titulado *Horas de ocio*, escrito por lord Byron y cuya publicación databa de hacía ya tres años.

El hallazgo la emocionó. Había escuchado algo sobre el poeta, aunque no precisamente elogios. Tampoco recordaba haber visto un ejemplar similar en la biblioteca de su padre, tal como sucedía con el de Malgraux; y como se trataba solo de poesía, abrió la primera página y empezó a leer.

El poema que iniciaba el libro se titulaba «El primer beso de amor». La emoción que la invadió al leer aquel título tan sugerente

la llevó a sumergirse de inmediato en la lectura, devorando una línea tras otra, tratando de entender el pensamiento del poeta —como cuando alguien tiene sed y no se sacia hasta beberse toda la jarra—, hasta que su concentración fue interrumpida de forma abrupta por las gruesas gotas de agua que comenzaron a estrellarse contra la ventana.

Comenzaba a llover, y Alice no se había percatado siquiera de cuándo el cielo, que durante la mañana permaneció soleado, empezó a tornarse gris. Se acercó para observar la lluvia y respirar el olor a tierra mojada cuando, de repente, la puerta se abrió.

Al asomarse, vio que era Arthur quien había entrado. Llevó el poemario a su espalda mientras él, siguiendo sus pasos, se colocó a su lado, en la misma posición frente a la ventana.

—¿Interrumpí tu lectura? —preguntó él, con interés.

—No, lo hizo la lluvia —respondió ella, mostrándose indiferente.

El enojo que sus palabras le habían provocado todavía latía con fiereza en su interior.

—¿Y encontraste algo acorde para ti?

—No lo sé, pero me topé con una lectura agradable.

—¿Puedo verla? —preguntó Arthur, extendiendo su mano y mirándola con curiosidad.

Alice deseaba negarse, pero después de haberla pillado leyendo su libro, no quería que volviera a reprenderla como si aún tuviera doce años. Ella le tendió el poemario, y las cejas negras y perfectas de Arthur se alzaron al observar lo que había elegido para leer.

—Me temo que lord Byron tampoco es adecuado —comentó él, refiriéndose al libro.

—A mí me ha resultado interesante.

—Será mejor que te encuentre algo más apropiado, o tu hermano se enojará conmigo —dijo Arthur, y enseguida caminó

hacia el estante, colocando el libro en la parte más alta y comenzando la búsqueda de otro.

Alice se quedó observándolo con el ceño fruncido y pensó que quizá tenía razón, ya que lo que acababa de leer seguía dándole vueltas en la cabeza.

—¿Es cierto que vas a casarte? —le preguntó, enfrentándose finalmente a esa incómoda verdad.

Arthur se detuvo en lo que estaba haciendo y, tras apilar cuatro libros, volvió hasta ella.

—Es cierto —confirmó con un gesto de aceptación.

Alice tragó saliva con fuerza, comprendiendo que algunas verdades eran irrefutables. La concisión de su respuesta le dejó claro que lo suyo había sido un tonto enamoramiento unilateral.

—¿Y estás feliz? —continuó, como si quisiera echar más sal a su herida.

Arthur sonrió.

—Bueno, en muchos casos no se trata de felicidad, sino de conformidad.

—¿Prefieres hacerlo para estar conforme a pesar de convertirte en un infeliz? —lo cuestionó, provocando que él se riera de verdad por lo agudo de su disertación.

—Ah, vaya, creo que esa lectura ha sido un poco perjudicial. Mejor mira estos, he encontrado otros libros que serán más agradables para ti —dijo él, considerando que era mejor no alentar esos pensamientos en alguien que apenas tiene un atisbo del mundo; pero ella siguió mirándolo con irritación.

—Puede devolverlos a su lugar, señor. Ya... me cansé de leer —declaró sorprendiéndolo, y salió corriendo de allí.

—¿A dónde vas? —preguntó consternado.

—A tomar un poco de aire —respondió, continuando con su

marcha.

Debido a la lluvia, todo estaba paralizado afuera, a la espera de que cesara. Ella se dirigió a la salida del patio y, desde allí, al jardín, donde se dejó llevar por la diversión de jugar con la lluvia, como solía hacerlo cuando era más pequeña.

Capítulo 14

Arthur se quedó mirando por la ventana a la hermana menor de su mejor amigo, a quien seguía considerando, hasta hacía unas semanas, como una pequeña señorita obstinada. Observaba con diversión cómo corría bajo la lluvia sin detenerse, mientras reflexionaba sobre la pregunta que le hizo instantes atrás. Un pensamiento abstracto que cuestionaba la conformidad por encima de la infelicidad.

Mientras seguía su raudo recorrido bajo la lluvia, meditaba en que la noticia de su próximo matrimonio lo sorprendió incluso a él mismo; por lo tanto, su concisa respuesta era una *consecuencia* evidente del veredicto de su padre sobre la condición de su hermana, a raíz del accidente que la dejó lisiada de una pierna de por vida y que, a pesar de su posición y belleza, la excluía del mercado matrimonial, por considerarse un *feo* defecto.

Él mismo no estaba de acuerdo con eso, pero había descubierto en todos sus andares que la sociedad que los amparaba podía llegar a ser demasiado cruel; por lo que siempre consideró esa situación ridícula, hasta que ella misma pidió que no la obligaran a cumplir con ese rol después de haber recibido varios rechazos, a pesar de haber concertado compromisos que alimentaron sus ilusiones.

Desde ese momento, él y sus padres comprendieron que ella decidió dejar de luchar por encajar en un papel que estaba decidida a abandonar. El precio de esa tranquilidad fue la aceptación propia de sus responsabilidades como futuro heredero y hombre de familia, aun cuando eso iba en contra de sus ideales.

Arthur no creía en el *amor* como un acto devoto, pero sí en las alianzas por conveniencia como una opción ética. Malgraux lo proponía en su tratado sobre la doble moral del poder que todavía lo seguía sorprendiendo por su crítica elocuente y llena de lucidez, y con la cual se identificaba. No era un pensador idealizado, sino un caballero de buena cuna odiado y respetado por sus ideas que buscaban comprender la realidad.

En su caso, era consciente de que quería mantener sus *convicciones*, pero también deseaba no desamparar a su hermana. Esta dualidad lo llevó a un intenso debate interno que evocaba las reflexiones de Malgraux sobre el *amor*, el cual lo vinculaba más al deseo de trascendencia, actuando como un gesto de buena voluntad. Sin embargo, la pregunta de Alice seguía resonando en su cabeza, como si debiera replantearse ese *asunto* con más profundidad. Pero resultaba imposible hacerlo cuando la familia de la mujer con la que iba a casarse se presentaba como una atractiva aliada en sus planes, especialmente ante las recientes transformaciones que atravesaba la sociedad.

Mientras algunos se vestían con ostentación y actuaban como si nada hubiera cambiado, sordos al estruendo de los fusiles que se mezclaba con la música de cámara, otros sufrían las terribles consecuencias de esa realidad. Él se encontraba entre los primeros, así como entre los segundos, reforzando la *doble* moralidad con la que intentaba conciliarse en pro de sus aspiraciones políticas y sociales; lo que le significaba una simple transacción, así no

soportara a la mujer con la que tendría que convivir.

Las cavilaciones de Arthur se vieron interrumpidas por la llegada de Gunter. Este lucía preocupado, y adivinó que tal vez lo estaba por su hermana menor, a quien ya había perdido de vista en la incesante lluvia. Intuyó que quizá debió buscar refugio en la casa de invitados.

—¿Has visto a Alice? —le preguntó, haciéndole esbozar una sonrisa por haber acertado.

—Me temo que ha salido a jugar bajo la lluvia —respondió a su amigo, señalando con su dedo la dirección que había tomado la muchachita de ojos grandes y mirada vivaz.

Gunter frunció el entrecejo, fijando su atención en el patio empapado por la lluvia que seguía cayendo.

—Si ha hecho eso, me temo que querrá pescar un resfriado a propósito —comentó, preocupado.

—Supongo que la pequeña Alice ya es toda una señorita que puede tomar sus propias decisiones, incluida la de enfermarse —bromeó, lo que hizo que su amigo frunciera aún más el ceño.

—¿Has hablado con ella?

—Solo un poco —respondió Arthur.

Consideraba que tampoco había mucho más de qué hablar entre ellos, más allá del hecho de quedarse sin querer con un ejemplar considerado subversivo por las ramas más conservadoras de la sociedad. Aunque Gunter y él compartían partes de ese mismo pensamiento, sintió que no era necesario sumarle otra preocupación aparte de considerar que su hermana se ganaría un resfriado.

En parte, quería seguir indagando cuánto de ese pensamiento nocivo pero *peligroso* para las mentes incautas quedaría grabado en su cabecita inocente, aparte de los poemas amorosos que criticaban la hipocresía social que pregonaba un célebre personaje de su sociedad como lord Byron.

—¿Te ha preguntado por tu matrimonio? —Gunter inquirió, sacándolo de sus pensamientos.

—Sí.

—¿Y qué le has contestado?

—Que es cierto —contestó, esbozando una sonrisa.

—Gracias, es bueno que ella lo tenga claro.

—¿Y por qué debería ser así? —indagó, con repentino interés.

—Mejor que no lo sepas —repuso Gunter.

—De acuerdo —dijo, encogiéndose de hombros para mostrarle que le restaba importancia, aunque en el fondo le inquietaba un poco la razón detrás de aquella insinuación—. Sigue sin parar de llover, evidentemente ha ido a refugiarse a la casa de invitados.

—También lo creo —concordó Gunter—. Será mejor que vaya a buscarla.

Cuando este se disponía a hacerlo, el señor Bert apareció en su busca por un asunto relacionado con su caballo, que debía resolverse, ya que esa noche tenían planeado ir a Arlington por cerveza barata. Era algo que les gustaba hacer cuando eran universitarios: escapar a las tabernas de mala muerte para desahogarse de la rigurosa vida académica mientras escuchaban a los viejos narradores que contaban historias que parecían contrastar crudamente con la realidad.

Fue en una de esas salidas nocturnas que conoció a su entrañable amigo Gunter Becker, quien, al igual que él, disfrutaba de la vida bohemia; pensando en ello, intervino:

—Déjame ir a mí; de paso, revisaré que no haya goteras.

Su amigo aceptó y, tras dirigirse al mayordomo, Arthur buscó su cazadora. Al cubrirse la cabeza con la capucha, salió al patio y se encaminó hacia la casa de invitados. Como lo sospechaba de quien todavía consideraba una inocente chiquilla, sonrió al notar las

pisadas que delataban su recorrido hasta el sofá de la sala.

Caminó sigiloso para sorprenderla; sin embargo, el sorprendido fue él al darse cuenta de lo que estaba haciendo allí, acostada, con los ojos cerrados y su mano metida bajo el vestido de muselina. Trató de retroceder por la impresión, pero tropezó con una de las lámparas, lo que hizo que ella se incorporara rápidamente, mirando azorada a su alrededor en busca del origen del ruido, hasta que vio la ventana abierta y fue a cerrarla.

Arthur se maldijo por haber tenido que esconderse como un crío a sus veintiséis años, y luego meditó en que era mejor que no supiera que la había visto. Pero su realidad era que él sí lo hizo, y la imagen que vio se quedó grabada a fuego en su cabeza.

Capítulo 15

Después de cerrar la ventana por la que se colaba el viento, se quedó pensativa, mirando hacia el jardín.

Meditaba sobre la locura que estaba intentando llevar a cabo al seguir el mal consejo de Ruth. Admitió que la interrupción del viento fue oportuna, porque de haber estado en sus cabales jamás se habría planteado hacer tales cosas reprobables. Sin embargo, debía reconocer que la reacción de su cuerpo al intentar introducir su dedo en su interior la hizo sentir muy extraña y juzgada al mismo tiempo por todo lo que se le había inculcado.

Tragó con fuerza al sentirse descubierta en su propia falta y decidió que debía dejar de prestar atención a Ruth y a todo aquello que leyó de forma inconsciente, hasta trastocarle la cabeza. Su pecho se agitó al sentir que estaba perdiendo el juicio y cayendo en lo que consideraba faltas a la moral y a la buena honra. Determinada, decidió que debía acabar con todo ello y lo primero que tenía que hacer era confrontar a Gunter sobre el daño que le estaba haciendo a Ruth al ceder a sus caprichos.

Al darse la vuelta, con esa firme determinación, su mirada se ensanchó al encontrarse de frente con Arthur. Eso la hizo gritar un improperio para sus adentros, al tiempo que agradecía no haber

dado voz a sus tumultuosos pensamientos, que parecían llevarla por el mal camino.

No obstante, frente a ella estaba el causante de sus ingenuos desvaríos.

—Así que tuve razón al pensar que te refugiaste aquí —dijo Arthur, mientras ella lo miraba, aún sorprendida—. Parece que seguirá lloviendo; encenderé la chimenea.

Alice permaneció en silencio. Un rato antes había huido de él, rabiosa y confundida, sin entender si se casaba por amor o por simple conformismo. Su fría postura la enojó, ya que ella continuaba creyendo en el amor *verdadero*, aunque este se tratara de ser desdibujado y presentado solo como una fábula profana que se expresaba en la poesía, arraigándose en las mentes de quienes decidían creer en ella.

Ella era una de esas personas, y la duda sobre su propia banalidad comenzaba a crecer al no recibir la misma reciprocidad. Lo había amado en secreto, y cada vez más se daba cuenta de que nunca sería correspondida; no porque alguien lo fuera a tomar para sí como marido, sino porque jamás la vería como a una mujer que mereciera ser llevada al altar.

Esa realidad la llevó a cometer actos impropios que, aunque estimulaban su cuerpo, le enredaban la mente.

Sacudió la cabeza varias veces para no llorar cuando él se arrodilló para colocar la leña y encender la chimenea.

—Te llevaré de vuelta cuando amaine un poco la lluvia. Gunter estaba preguntando por ti. Venía a buscarte, pero se le presentó un asunto, y he venido en su lugar.

Alice continuó en silencio, escuchando cada palabra mientras una sonrisa tonta se dibujaba en su rostro.

—Sé que la has preparado para recibir a tu prometida, pero no

he dañado nada.

—¿Has notado alguna gotera? —preguntó Arthur, distrayéndola.

—¿Gotera?

—Sí, por eso es bueno que haya llovido —añadió, quitándose la cazadora y colgándola en un gancho al lado de la chimenea; luego, se puso a atizar el fuego.

Ella se quedó mirando el resplandor, que empezaba a intensificarse y a calentar la estancia. Después, se movió de su lugar y caminó despacio hacia el ardiente hogar, manteniendo la distancia. Se cruzó de brazos, disfrutando del suave calor que acariciaba sus mejillas.

—Lamento lo que dije —pronunció, después de un denso silencio apenas perturbado por el crepitar de las llamas.

—¿Y qué dijiste? —preguntó él.

—Si te casabas para ser feliz; pero las decisiones que tomen los demás no son algo que tenga que importarnos.

—¿Por qué llegas a esa conclusión? —le preguntó, dejándose caer sentado en su lugar.

Alice se ladeó para mirarlo; lucía elegante y atractivo, a pesar de estar allí desparramado jugando con el atizador. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo haciéndola temblar, se acercó más al fuego y se arrodilló, extendiendo las manos para calentarlas. En esa posición, mirando fijamente a las llamas, sintió la intensidad de su mirada.

Por un momento, pensó que nunca la había contemplado con tanto detenimiento, sin llegar de inmediato a la conclusión de que solo era una niñita obstinada.

—Porque es normal que nadie opine sobre lo que en verdad quiere —declaró sin atreverse a mirarlo.

Siguió ensimismada en las llamas hasta que empezó a sentir

calor con los pensamientos que comenzaban a arremolinarse en su cabeza sobre lo que había intentado hacer allí acostada en el sofá, en complicidad con la soledad que invadía la estancia. Entreabrió los labios al imaginar que su mano no había sido la suya, sino la de Arthur, y eso la perturbó. De inmediato se apartó, llevando las manos a su escote para bajarlo en busca de aire.

Luego se dio cuenta de la ridiculez que estaba haciendo al volverse hacia él, que continuaba mirándola estupefacto, y sintió un leve rubor de vergüenza mientras se acomodaba la ropa de nuevo.

—Creo que ya dejó de llover —dijo Arthur de forma pausada, separando enseguida las brasas para aminorar el fuego.

Ella miró por la ventana y descubrió que era cierto.

Capítulo 16

A las seis de la tarde, el cielo parecía haber caído sobre Bibury como un denso y oscuro manto dejado a su paso por la lluvia, y parecía casi de noche. Alice había regresado a la casa principal escoltada por Arthur, y se encontraba en la habitación con Ruth.

—¿En qué pensabas para salir corriendo como loca bajo la lluvia? —le preguntó Ruth con burla, mientras le ayudaba a arreglar el cabello que se ondulaba con la humedad.

Alice se volvió, mirándola con el ceño fruncido.

—En nada, solo quería estar sola.

—Ya veo —adujo Ruth—, algunas cosas solo se pueden hacer en soledad.

—¡Eso no es cierto! —exclamó Alice, recordando que no iba a seguir escuchando sus insinuaciones. Después de la tontería que había hecho frente a Arthur, sentía que la cara se le sonrojaba de vergüenza, y todo era consecuencia de dejar que la influenciara. Desde ese momento, decidió que hablaría con Gunter. Tal vez él no tuviera que hacer lo que le dijera, pero debía escucharla.

Llegó el anuncio de la cena y ambas bajaron al comedor. Arthur y Gunter ya se encontraban allí, charlando animadamente, mientras el servicio comenzaba a preparar la mesa. Los dos hombres no

interrumpieron su conversación, pero Alice sentía de vez en cuando la mirada furtiva de Arthur.

Extendió la mano, dándose cuenta de que seguía perturbada por su extraño comportamiento. Quizá, si hubiera estado sola, habría terminado por quitarse la ropa. El vergonzoso pensamiento la hizo abrir los ojos, consternada.

—¿Te encuentras bien, Alice? —le preguntó Arthur, sobresaltándola.

Ella lo miró; y aunque para esta ocasión eligió usar un vestido cubierto hasta el cuello para la cena, seguía sintiendo que llevaba todo el pecho al descubierto.

—Estoy bien —respondió, tomando una copa de agua y bebiendo un sorbo, sintiéndose sedienta.

—Espero que no vayas a resfriarte, mañana será un gran día para nuestro amigo —mencionó Gunter, palmeándole el hombro.

—Vaya, por fin la noble y grandiosa señorita Williams se ha dignado a pisar estas tierras. Estoy segura de que estás feliz por ello, hermanito —comentó Ruth con un matiz de sarcasmo.

—Más de lo que crees —repuso él haciéndole una graciosa mueca, levantando su copa y brindando por todos, hasta que su mirada se detuvo en ella. Alice, que aún tenía la copa en la mano, se bebió el resto de un tirón, apartando la mirada—. Me alegra que no te hayas resfriado.

Alice asintió sellando los labios y siguió comiendo despacio, hasta que Ruth manifestó que estaba satisfecha y quería ir a descansar. Ella también expresó lo mismo y juntas volvieron a la habitación. Ambas se metieron en sus respectivas camas, después de que dos doncellas las ayudaran a prepararse para la noche.

Estaba cansada, pero no quería dormirse hasta tener la certeza de que Ruth no saldría de la habitación para tener algún encuentro

secreto con Gunter. Imaginaba que no lo haría, ya que se había mostrado agotada por el largo recorrido hasta allí.

—¿Te molesta la prometida de tu hermano? —le preguntó, mientras se tapaba hasta el cuello.

—Un poco.

—¿Puedo saber por qué?

—¿Te interesa saberlo, Alice?

—Solo es curiosidad. Tal vez yo sienta lo mismo cuando Gunter se comprometa en matrimonio —respondió a propósito.

Ruth hizo silencio.

—Eso es inevitable, pero me molesta que lo haga solo por protegerme.

—¿Por qué dices eso?

—Ya te he dado razones de sobra —contestó Ruth, volviéndose hacia ella.

—Eres... muy hermosa, seguro que alguien, aparte de Gunter, también lo notará —comentó, fijando la mirada en las gruesas vigas del techo.

—Gracias, Alice, pero eso ya no pasará —añadió Ruth, dándole la espalda para acomodarse en la almohada.

—¿Por qué te das por vencida?

—Porque no hay nada que hacer —replicó, tapándose de pies a cabeza con la cobija.

Alice la observó por un momento y luego desistió de seguir preguntándole. Esperó un rato, aguardando algún movimiento de su compañera, pero Ruth no volvió a hacerlo y permaneció completamente quieta. Después de comprobar que se había quedado dormida, sus párpados comenzaron a pesarle y, aunque luchaba contra el sueño, se fue adormeciendo poco a poco...

***

Alice se removió en la cama y despertó en medio de la habitación en penumbras. Iba a dejarse caer de nuevo en la almohada cuando miró a su lado y se dio cuenta de que la cama de Ruth estaba vacía.

Capítulo 17

Tal como Alice lo auguraba, y muy a su pesar, Ruth había escapado. En el fondo, esperaba que se tratara de un pensamiento erróneo y que solo hubiera salido a buscar agua. La joven se puso en pie, agarró una bata y se la colocó por encima del camisón de algodón. Encendió la lámpara y lo primero que hizo fue mirar en el baño, por si acaso se hallaba en el escusado.

No estaba allí. Suspiró profundamente y salió a buscarla, caminando en calcetines para no hacer ruido. La casa se encontraba sola y a oscuras. El mayordomo vivía en una cabaña de la propiedad, además de algunos mozos y algunas doncellas que residían en las casas de empleados; el resto regresaba al pueblo, a sus hogares.

Alice caminaba con dificultad, apenas guiándose por la claridad de la luna que se filtraba a través de las ventanas, hasta que llegó al pasillo donde se quedaban los hombres. La habitación de Gunter estaba cerrada y, al acercar su oreja a la puerta, no escuchó ningún ruido adentro, ni siquiera sus ronquidos.

Suspiró en voz baja al pasar por la de Arthur, que estaba abierta. Eso tal vez significaba que estaban juntos y podrían haber salido al pueblo. En medio de su charla, habían mencionado que irían a Arlington Row a beber. Esa conducta no le sorprendía, pues durante

varias vacaciones en Londres su padre solía regañar a Gunter por frecuentar lugares como Whitechapel o Spitalfields.

Tras reflexionar sobre ello, decidió regresar a su habitación, pero se alertó con los murmullos ahogados provenientes del ático. Tragó saliva, reconociendo el origen de aquel sonido y, a tientas, se apresuró a encontrar las escaleras. A cada peldaño que ascendía, el ruido, aunque bajo, seguía siendo audible para ella. Poco a poco y de manera sigilosa, alcanzó la trampilla que daba acceso al ático. Al alzar la vista, se impactó con lo que observó.

El lugar era un pequeño estudio privado, con estantes llenos de cajas y un escritorio donde Ruth se encontraba desnuda, con las piernas enredadas alrededor de las caderas de Gunter. Él le apretaba los pechos mientras se unían una y otra vez con movimientos feroces. Alice se tapó la boca para no emitir ningún ruido que delatara su presencia en aquel lugar; sin embargo, no podía apartar la mirada de la forma en que su hermano estrujaba los pechos de Ruth y la besaba en los labios.

Su cuerpo se tensó ante la oleada de calor que la invadió, erizándole la nuca. Solo se escondió cuando notó que Ruth le agarraba el rostro a Gunter, indicándole algo con un beso en los labios. Alice respiró agitada y permaneció allí agachada hasta que los jadeos volvieron a escucharse. Entonces, levantó la mirada y vio que era Ruth quien ahora estaba encima de Gunter. La nueva ola de calor que sintió la hizo resbalar lentamente por las escaleras, alcanzar el piso y huir, casi arrastrándose, hasta llegar a su habitación.

Corrió y se metió debajo de las cobijas, encogiéndose mientras apretaba sus muslos con fuerza. No pudo evitar llevar su mano al interior de sus piernas, dejándola allí hasta que su cuerpo dejó de temblar. Permaneció estática, con la mirada fija en la oscuridad,

hasta que escuchó los sigilosos y desiguales pasos de Ruth regresando, muy feliz, a la habitación. Esa imagen la llenó de indignación, y se destapó tan pronto como su amiga se subió a la cama.

—¿Dónde estabas? —le espetó, cruzándose de brazos.

—Vaya, ¿estás despierta?

—¡Responde, Ruth! —exigió, apretando los dientes.

Lo sabía. Lo había presenciado, pero deseaba que ella se lo confesara. Ruth bajó de su cama y se subió a la de Alice, haciéndola retroceder contra el cabezal.

—Lo sabes bien —le susurró.

—Dijiste...

—Dije que es lo único que me queda; tampoco te prometí que lo dejaría.

—Mentirosa —masculló, agarrándola de los hombros y empujándola hacia el lado contrario de la cama, terminando a horcajadas sobre Ruth, quien solo se echó a reír.

La abofeteó en una mejilla y luego en la otra, porque seguía riéndose, hasta que calló y se quedó mirándola. Alice se quedó quieta, bajando la mirada; su pecho subía y descendía en un vaivén agitado, y resoplaba con fuerza por las fosas nasales. Entonces, Ruth se incorporó, apartando el cabello que le caía sobre el rostro.

—Esto acabará antes de lo que crees, así que no deberías preocuparte tanto por ello.

—No me preocupo por Gunter; lo hago por ti —dijo, sacándole una sonrisa a Ruth. Luego se arrepintió de haberla abofeteado y acarició su mejilla—. Lo siento.

Ruth le tomó la mano y la besó, haciéndola sentir más culpable. Alice la abrazó con fuerza y luego se apartó.

—No te preocupes, quizá necesitaba ese par de bofetadas.

—Me dolería que se aprovechara de ti.

—Ya te dije que no es así, solo me hace sentir bien —adujo Ruth, colocando las manos en sus muslos y ascendiendo hasta sus caderas, lo que sorprendió a Alice, quien de repente se dio cuenta de la posición en que estaban—. ¿Ya intentaste hacerlo como te lo indiqué, Alice? —le susurró al oído mientras sus dedos suaves intentaban explorar el interior de sus muslos.

Alice respiró con fuerza, aturdida por lo que le estaba haciendo, pero al mirar hacia la puerta, que había quedado entreabierta, se topó con un par de ojos que parecían tan sorprendidos como ella. Reconoció esa mirada con mucho desasosiego.

Era Arthur, quien estaba allí.

De inmediato la apartó a Ruth, empujándola, y se alejó, mirándola con horror, pero ella solo continuó riendo.

Capítulo 18

Alice amaneció enferma al día siguiente. A pesar de sentirse fatal, con fiebre y un malestar general que la hacía verse al borde de un abismo, tuvo la impresión de que el Señor escuchó todos sus ruegos, porque no tenía ánimos para enfrentarse a Arthur tras haberlas visto hacer *aquello*.

La sola realidad de ello la estuvo atormentando toda la noche y la había dejado en tal estado de perturbación que despertó con todo el cuerpo hirviendo. Enseguida mandaron a buscar al médico del pueblo que fue a verla en la mañana, y le recetó jarabe y analgésicos luego de revisarla.

Ruth se quedó cuidándola desde entonces, ayudando a ponerle el emplasto de mostaza en el pecho para aliviar la congestión, así como el té de raíz de regaliz para calmarle la irritación de la garganta.

—Parece que al final sí te enfermaste, querida Alice —comentó Ruth, examinando su estado.

Ella suspiró, mirándola con desánimo. Su viaje de regreso estaba programado para el día siguiente, pero, debido a la situación, tendrían que quedarse un par de días más. Gunter fue a verla después de la partida del médico y de recibir sus recomendaciones,

para anunciarle que enviaría una carta a sus padres para avisarles de su estado.

La idea de quedarse un día más de lo acordado la mortificaba; solo deseaba desaparecer de allí. Ya había dado bastantes muestras indecorosas de su comportamiento y no quería que Arthur se llevara una mala impresión de ella ni que pensara que hacía ese tipo de cosas con su hermana Ruth.

Por esa y muchas otras razones que la atormentaban, esperaba no verlo hasta que lograra borrar de su mente esas malas impresiones. Aunque no lo vería por el momento; su prometida, Grace Williams, llegaría por la tarde y estaban preparando una pequeña fiesta de bienvenida en la casa de invitados.

Ruth le hizo un gesto para que se incorporara y darle a comer las sopas que la cocinera había preparado para el resfriado. Alice hizo un esfuerzo y se sentó.

—Creo que me voy a morir —dijo, arrancándole una risa a su amiga.

—No digas tonterías, solo es un poco de malestar —repuso, colocando frente a ella la primera cucharada e instándola a abrir la boca, como si fuera una niña.

Alice le arrebató la cuchara y comenzó a comer por su cuenta. Ruth se relajó en la silla, observándola.

—No deberías estar aquí.

—¿Crees que tengo ganas de ir a una fiesta?

—Es un día importante para Arthur —comentó Alice, sintiendo que cada cucharada de sopa caliente le hacía sudar a borbotones.

—Sería bueno que tomaras un baño después. Pediré que te preparen la tina con algunas hierbas.

Alice quería negarse, pero Ruth la amenazó, tajante, con ir a dormir a la cama de Gunter ahora que ella estaba enferma. Eso la

molestó, pero dentro de ella, no quería volver a pensar en eso; deseaba borrar de su cabeza todo lo que había visto. El mero recuerdo le causaba escalofríos.

Después de comer toda la sopa a regañadientes, Ruth la ayudó a tomar un baño y luego la dejó descansando en la cama. Ella tuvo que ir a recibir a sus padres, quienes también irían a saludar a su futura nuera.

Alice se metió bajo las cobijas sintiéndose débil. No sabía qué hora era, pero posiblemente ya fuera más de mediodía, por la intensidad del sol que se filtraba a través de las ventanas. Tocaron a su puerta; era Gunter, que había ido a verla otra vez.

—Parece que la fiebre ya está cediendo —dijo al tocarle la frente, mientras ella lo miraba con el ceño fruncido, pues, una vez más, volvía a odiarlo.

Sin embargo, no tenía ánimos para confrontarlo ni para soportar las consecuencias de ello.

—Estoy bien, ya puedes irte. Arthur te debe estar necesitando.

—¿Me estás echando o solo vuelves a estar enojada por la cita pactada con el hijo del difunto barón?

Alice frunció el entrecejo; era algo que había olvidado y de lo que no quería acordarse. Sin embargo, dada la situación en la que había terminado, ya no veía tan mal ese encuentro si eso la libraba del tormento que sentía por Arthur. Finalmente, él también se iba a casar, y quizá mucho antes que ella.

—Aunque diga que no, ya está decidido —adujo.

—¿Eso quiere decir que no te opondrás? —preguntó Gunter, y ella solo se encogió de hombros. Él sonrió diáfano—. Tal vez es la fiebre la que te ha hecho entrar en razón, pero a mamá le va a hacer feliz esa noticia.

Alice decidió quedarse callada y fingió que se dormía, por lo que

su hermano se alejó y salió de la habitación. Ella suspiró con fuerza, sintiéndose pequeña en un espacio tan grande.

La puerta se abrió de nuevo y, justo cuando iba a protestar, se espantó al ver quién entraba en la habitación: era el mismísimo Arthur.

Capítulo 19

A pesar de que trató de empujar el pensamiento hasta el fondo de su mente, Arthur no logró dejar de pensar en lo que había presenciado, sin proponérselo. Sabía que su hermana era un tanto descarada, pero no hasta el punto de querer corromper a *su* pequeña Alice.

Tragó con fuerza, recordándose que ella no le pertenecía, y ni siquiera sabía desde cuándo había comenzado a albergar esa clase de pensamientos posesivos hacia alguien a quien aún consideraba inocente y frágil.

Después de lo que presenció en aquel sofá de la casa de invitados, que no volvió a mirar con los mismos ojos —incluso llegó a pedir que lo cambiaran de lugar—, comprendió que ya tenía una explicación, y, para su desgracia, esta llevaba el nombre de Ruth Marie Wellesley, su hermana. Lo peor era la pregunta que le hizo mientras su mano se perdía bajo la bata.

Estaba decidido a esperar cuando se enteró de la enfermedad de Alice, pero la duda sobre lo que estaba ocurriendo entre ambas no dejaba de carcomerle la conciencia, provocándole tanto malestar que estuvo irritado toda la mañana, hasta el punto de que no pudo mantener su propia decisión y se encontró allí.

—Me alegra ver que has mejorado —le dijo, observando cómo ella se cubría hasta la nariz.

—Gra-gracias —tartamudeó, tosiendo levemente—. No deberías estar aquí, podrías contagiarte.

—Eso no me preocupa —respondió con seriedad, tomando asiento en el lugar que había ocupado antes Ruth.

Ella bajó la mirada y entonces sintió que su expresión era demasiado severa. Lanzó una honda exhalación para calmarse, recordando que, fuera lo que fuese lo que sucediera entre ambas, no podía juzgarla. El *amor libre* y sin ataduras era una idea que Etienne de Malgraux describía como la ruptura del yugo de la moral.

Lo único grave para él era que no sabía cómo Ruth cayó en esa práctica, ni siquiera si había tenido alguna noción de ella, considerando que jamás le permitió ver sus libros. Entonces fijó su mirada en Alice, debatiéndose sobre si la instigadora pudiera ser esa chiquilla que se atrevió a leer a Byron sin necesitar el permiso de nadie.

Arthur se puso en pie de un salto, sacudiendo la cabeza, sintiéndose un poco extraño a los ojos de su dulce Alice.

—¿Sucede algo? —preguntó ella, sacándolo de sus perturbadoras reflexiones.

Fijó la mirada en ella hasta el punto de hacerla sentir abrumada, tanto que apretó la sábana contra sí.

—Anoche, tú y Ruth... —mencionó, pero no pudo continuar al ver su expresión de espanto.

—No es lo que piensas —murmuró la chica.

—¿Y qué crees que pienso? —la cuestionó, acercándose e inclinando su cabeza hasta casi sentir la tibieza de su respiración febril. Ella se retrajo, pero él no cedió.

—Era... un juego...

Arthur tragó saliva con fuerza; esa respuesta tímida y precavida parecía querer volverlo loco.

—¿Qué clase de juego? —la inquirió, pero ella permaneció muda, dejándolo atolondrado, y muy dentro de sí deseaba obligarla a que le revelara la verdad.

Tras ese arrebato, se dio cuenta de que se estaba extralimitando. Enderezó su postura, reprendiéndose a sí mismo por atosigarla cuando estaba enferma. Luego pensó que era tonto; si finalmente se iba a casar, a quien debía reclamarle era a su hermana por corromper a una inocente niña.

Volvió a ocupar la silla, con la mente tan revuelta como solía estar su cabello. En esto pensaba cuando Alice se destapó, mirándolo a los ojos. Sin embargo, notó algo extraño en su comportamiento cuando se bajó de la cama y se subió a su regazo. Su ardiente respiración le golpeó de lleno en la cara.

—Ella... solo intentaba enseñarme —susurró en un tono bajo.

—¿Enseñarte qué?

—Cómo se siente... eso..., nada más —añadió, encogiéndose de hombros, y luego se recostó sobre su pecho.

Sintiéndose atrapado en su propia trampa, Arthur ensanchó la mirada y entreabrió la boca, y luego volvió a cerrarla al percibir cómo ella se apretaba sinuosa contra él. Entonces comprendió que su acto desinhibido solo se debía a que estaba delirando por la fiebre que le había subido, y aunque deseó calmarla con su propio cuerpo al sentir su pequeña fragilidad, tuvo que refrenar sus impulsos primitivos y volver a acomodarla en la cama, arropándola de nuevo.

Inmediatamente, tocó la campanilla para que vinieran a auxiliarla y así cercenar toda tentación.

Capítulo 20

—¿Cómo se encuentra Alice? —preguntó Arthur a su amigo. Después de lo que había sucedido, no había dejado de pensar en ella ni un instante, hasta el punto de sentirse sofocado. Sacudió la cabeza, sintiendo que quizá se había contagiado de fiebre.

Gunter lo miró con curiosidad.

—Y tú, ¿cómo te encuentras? Espero que mi hermana no te haya contagiado.

—Eso no ha pasado. ¿Vas a responder o no?

—Ella está bien; solo tenía un poco de temperatura, pero ya le ha vuelto a bajar. El médico dijo que mejorará, tenlo por seguro.

—Es una buena noticia —concordó.

—Tranquilo, ya la conoces. Es tan obstinada que un resfriado no la matará —adujo Gunter.

En el fondo, Arthur pensó que se equivocaba en eso último, porque había creído que la hermana de su amigo se mantenía a salvo hasta que la vio haciendo ciertas cosas con Ruth, lo cual lo perturbaba y lo hacía preguntarse qué diantres querría aprender la pequeña traviesa.

La idea morbosa de lo que eso significaba le hacía tensar la ingle. Caminó hacia la ventana para aliviar la incomodidad.

—Es bueno que estés seguro de ello. Por el contrario, para mi hermana Ruth, enfermarse suele convertirse en una catástrofe.

—Ya imagino lo duro que debe ser lidiar con ella —comentó Gunter con sarcasmo, mientras servía dos vasos de jerez.

—Aunque no lo creas, mi hermana es un ángel, y a pesar de su carácter decididamente fuerte, me lo pensaría varias veces antes de entregarla a alguien.

—¿Están contemplando el matrimonio? —preguntó su amigo.

Arthur lo miró con renuencia.

—Ni siquiera te atrevas a pensarlo. Ruth necesita alguien que la cuide, no a un libertino como tú.

—Tampoco te estoy pidiendo su mano —terció Gunter.

—No te la daría si lo hicieras.

—Entonces estamos a mano —replicó, lo que hizo que Arthur frunciera el ceño con recelo.

—¿A qué te refieres? —lo cuestionó.

Gunter le entregó uno de los vasos de jerez y se bebió el otro, dilatando la respuesta que esperaba Arthur.

—Ya sabes, Alice te admira desde que era pequeña.

—¿Y eso tiene algo de malo?

—No cuando la admiración se convierte en anhelo.

—Qué tonterías dices —respondió, pero Gunter se despojó de toda risa y adoptó una postura serena.

—Te había dicho que era mejor que no lo supieras, y tiene sentido porque te vas a casar.

—¿Por qué no vas al grano?

—Bien, creo que ella siente algo más allá de eso, pero ambos sabemos que eso también es imposible. Además, pronto se le pasará la fiebre de amor por ti.

—Qué diablos, Gunter, ¿por qué no hablas claro?

—Te lo diré —dijo en tono confidencial—. Ella cree que solo es una cita con el hijo del difunto barón, pero ya hemos llegado a un acuerdo para que, en la próxima primavera, ella se convierta en su esposa.

La confesión de Gunter dejó a Arthur estupefacto, en un silencio del que no fue capaz de salir, hasta que comprendió a cabalidad el impacto de una noticia que no esperaba recibir.

¿Alice estaba enamorada de él?, fue la pregunta que surgió como un enigma demoledor en su cabeza.

Capítulo 21

Tres días después, Alice ya se encontraba en convalecencia. Aunque su recuperación evolucionaba bastante bien gracias a los cataplasmas y emplastos a los que había sido sometida, así como al jarabe que le hacía arrugar el rostro cada vez que le tocaba tomarlo, su mente seguía oscilando entre pensamientos confusos.

No lograba descifrarlos, pero estaba segura de que todos estaban relacionados con Arthur y con alguna «estupidez» como consecuencia de los desvaríos de su fiebre. Lo que seguía claro en su cabeza como el agua del Coln era la relación oculta que mantenían Ruth y Gunter a espaldas de todos.

Esto le afectaba, porque a pesar de las travesuras de Ruth burlándose de su inocencia, sentía un cariño especial por ella.

—Me alegra que ya estés mucho mejor, querida Alice —expresó Ruth, palmeando su mano mientras ambas caminaban por el prado, amparadas bajo una bonita sombrilla.

El día estaba soleado, y mientras ellas paseaban, todos los demás disfrutaban del desayuno campestre que los Wellesley habían organizado para agasajar a la prometida y a su familia, quienes ya estaban instalados en la casa de invitados donde se celebró la fiesta a la que ella no pudo asistir por su enfermedad.

—También estoy feliz por no ser ya una molestia —repuso Alice, dirigiendo su ojerosa y cansada mirada hacia la pérgola donde todos festejaban con un opulento desayuno.

—De ningún modo digas eso. Todos estuvimos preocupados y muy pendientes de ti.

—Pero es lo que no quería. No vine a ser una carga —se quejó un poco.

—Incluso mi sibilino hermano estuvo bastante inquieto por tu enfermedad —comentó Ruth con un matiz de picardía.

La mención de eso casi despejó de golpe lo que había quedado nublado en su cabeza. Sin embargo, al ver de nuevo el cuadro que se pintaba a poca distancia, creyó que nada de eso tendría importancia y que cualquier «tontería» que hubiera *allí* no tenía relevancia frente al compromiso que su amor prohibido estaba afrontando. Aún no había conocido a la señorita Williams, pero eso era lo último que deseaba hacer.

Secretamente agradeció que pronto se marcharan de allí, y aunque en parte le acongojaba tener que despedirse de su loco amor de la infancia, al menos tendría la tranquilidad de que Gunter se alejaría de Ruth.

No se lo había preguntado, pero estaba segura de que no habían dejado de verse a escondidas.

—Arthur siempre se ha preocupado por mí —expresó Alice, más para sí misma.

En el fondo, ya tenía claro que esa preocupación no tenía un significado especial. Arthur nunca la vería como ella lo había deseado y siempre la trataría como a la pequeña hermanita de su amigo.

—Pero esta vez parece que se preocupaba más de lo debido, porque la odiosa de la señorita Grace parecía estar un poco molesta

por ello.

—Deja de exagerar, Ruth —la reprendió Alice.

—Lo digo en serio.

—¿Y también eso de que es odiosa?

—Sí, y estoy segura de que mi hermano la siente como un molesto palo en su trasero.

—¡Cielos, Ruth, deja de decir esas cosas! —la riñó, aunque sin mucha fuerza.

Ella siguió riendo hasta que se detuvo al notar la expresión de desagrado en el rostro de su amiga.

—¿Me crees si te digo que preferiría que se casara con una escoba?

—Basta —resopló Alice.

—No ha hecho más que hablar de su fantástica vida en Oxford, donde conoció por primera vez a Arthur —continuó su retahíla Ruth.

—Debió ser un encuentro muy especial. —Se torturó Alice con las palabras; en cambio, la otra joven soltó un estrepitoso bufido.

—¿En serio crees eso?

—Por eso van a casarse, ¿no? —expuso, y Ruth volvió a echarse a reír—. ¿Qué tiene de gracioso?

—Lo ingenua que eres, mi dulce Alice —respondió, aunque no ofreció más explicaciones, dejándola con la duda.

Tampoco pensaba que Arthur fuera un romántico enamorado, pero creía que tenía claras sus convicciones sobre el matrimonio, aunque estas fueran conformistas. En su caso, la *muerte* de su amor era la puerta a un posible matrimonio arreglado con el que quizá también debía conformarse. No obstante, seguía sin reconciliarse con la idea de convertirse en la esposa de un hombre menor que ella.

Gunter apareció para poner fin a la conversación y llevarlas hasta

el comedor. Alice suspiró profundamente; había llegado el momento de saludar a la prometida de un amor que necesitaba enterrar cuanto antes o sería consumida por su propia *desilusión*.

Capítulo 22

Alice fue presentada con formalidad a la familia Williams como la hermana del mejor amigo de Arthur. Los señores Wellesley la saludaron con comprensión mientras ella se deshacía en disculpas por haberse enfermado de repente. Sin embargo, todos fueron amables e incluso manifestaron que era una señorita hermosa y encantadora.

En medio de todo esto, Arthur permaneció al lado de su espléndida prometida, observándola en un pétreo silencio que parecía analizarla. En todo momento esquivó su mirada y agradeció que, tras la presentación, pasara a un segundo plano y la reunión pudiera continuar su curso sin su presencia.

Mientras todos conversaban y reían, aprovechó el momento para dirigirse a la mesa de bebidas y pedir un poco de agua; después de un resfriado, siempre se sentía sedienta.

—¿Así que tú eres la famosa señorita Becker, de la que tanto he oído hablar a mi futuro marido? —preguntó Grace Williams, quien se había apostado al otro lado de la mesa.

—No creo que sea tal cosa —respondió Alice, reparando en su esbelta y elegante figura, vestida de seda, con adornos poco discretos para el clima y los escasos rizos que se escapaban de su

prolijo peinado, haciendo ver a Alice demasiado simple y modesta con su vestido floreado de muselina y su sencilla gorra de paja con el que apenas contenía su desordenada cabellera.

—Ya lo creo, si se ha preocupado tanto por ti. Disculpa que mantenga la distancia, pero no quiero contagiarme de catarro a pocos meses de mi boda.

—Solo era un resfriado; no se veía tan grave, señorita.

—Milady, llámame así. Todos insisten en tratar esto como una reunión informal, pero detesto que nadie sepa ocupar su lugar. Por lo menos, deberías saber cuál es el tuyo.

—De acuerdo, milady —dijo Alice, sin ganas de discutir las razones de tal exigencia, aunque las conociera.

—Así está mejor —respondió la mujer, sonriendo con satisfacción —. En serio, te ves horrible.

—Lo estoy, milady, y pronto abandonaré este lugar —afirmó Alice, elevando la voz justo cuando Arthur se detuvo detrás de Grace, quien pareció no darse cuenta de su presencia. Tampoco hizo nada para delatarlo; simplemente lo miraba en silencio.

—Me parece bien —continuó Grace—. No entendí por qué unos desconocidos tenían que estar presentes en esto.

—Debe ser porque aún no te queda clara la cercanía de nuestras familias —replicó Arthur tensándole la espalda a su prometida, con el tono grave y sutil de su voz que terminó espantándola.

Ella se volvió sorprendida hacia él, mostrándose algo tímida y nerviosa. Ese comportamiento taimado y solapado irritó a Alice.

—Milady tiene razón, pero no se preocupe; mi hermano y yo partiremos esta misma tarde —declaró Alice, manteniendo la firmeza en su voz y emprendiendo sin demora el camino hacia la salida.

Ruth la llamó cuando la vio caminar por el césped en dirección a la casa principal.

—¿A dónde vas? —le preguntó al alcanzarla—. ¿Te sientes mal?

—No, solo que ya es hora de ir a preparar mis cosas.

—Desearía que no te fueras.

—Solo regresaré a Londres, Ruth.

—Entonces desearía que no te fueras a Londres —repitió, como una lora, provocándole una sonrisa de soslayo—. Vamos, te ayudo.

Ruth se apoyó en su brazo, y Alice no tuvo más remedio que caminar con ella.

—¿Eso es para poder despedirte de Gunter? —le preguntó en el trayecto, con un tono irónico.

Ruth le sonrió.

—Quédate tranquila, después de hoy, él y yo no volveremos a vernos.

—¡Mientes!

—Es verdad. Además, tienes razón; Gunter también tiene que casarse con alguien acorde a él.

—Me pregunto si alguna vez has considerado que esa persona podrías ser tú —exclamó, y Ruth, como de costumbre, se echó a reír.

Alice puso los ojos en blanco; deseaba creer que lo que decía era cierto. Sin embargo, algo en su interior le hizo pensar que esta vez no le mentía. Reflexionó en que, al igual que ella, también debía despedirse de un amor no *correspondido*, aunque, en su caso, nunca se atrevió a dar un paso tan atrevido hacia Arthur.

Finalmente, llegó el momento de regresar a su casa en la ciudad. Después de las cálidas despedidas de Ruth y su madre, Alice subió al coche que la llevaría de vuelta. Al cerrar la puerta, sintió que la loca e inesperada aventura en Arlington Row había llegado a su fin, y la realidad de ello le hizo brotar lágrimas, esta vez de dolor.

Capítulo 23

Alice fue recibida en la casa de los Becker con mucho cariño por parte de su madre, quien declaró estar en constante vigilia desde que se enteró de su enfermedad. Durante los días siguientes, no hizo más que consentirla y alimentarla, preocupándose porque la veía demasiado delgada.

Había pasado una semana desde su regreso de Bibury y, a su vez, ese era el tiempo en que no había tenido comunicación con Ruth. Solo gracias a Gunter había sabido que ya estaban de vuelta en la ciudad, y que la señorita Williams se había instalado por una buena temporada con su familia en la mansión de los Wellesley en Downing Street, para comenzar los preparativos de la boda.

Todas estas noticias la abrumaban, pero también la impulsaban a tomar una decisión definitiva.

—Ya he terminado —dijo a su madre tras dejar un poco de crema de acelgas en su plato.

Rufina Becker la miró con recelo, ya que se había impuesto la tarea de asegurarse de que comiera hasta la última gota, contradiciendo las normas de etiqueta. Pensó, con humor negro, que solo le faltaba que la obligara a lamer la porcelana y los cubiertos.

Lanzó una honda exhalación, decidida a hacer lo que había

estado postergando debido a la intensidad de su madre con sus cuidados.

—Saldré al jardín —anunció bajo la analítica mirada de su progenitora, levantándose de la mesa.

—Recuerda no perder tanto el tiempo, tienes que prepararte para esta tarde —la reconvino.

Ella asintió, resignada. Había llegado el día en que se vería con el joven barón.

—Tranquila, no me perderé entre tus narcisos —respondió, apresurándose después hacia su habitación.

Allí buscó la caja donde había guardado el pañuelo con las iniciales de ella y de Arthur, tejidos en un punto de cruz algo enredado. Sabía lo que ocurriría esa tarde, por lo que era hora de enterrar esos sueños para siempre. En su camino hacia el jardín, se tropezó con Gunter. Lo esquivó justo cuando él iba a despeinarla, lo que lo hizo reír al ver su mueca de desagrado.

Sin embargo, intuyó que él estaba extrañamente feliz, lo que aumentaba su renuencia a aceptar que Ruth le había dicho la verdad, pues, desde de su ventana, veía como él seguía escapándose cada noche. Sabía que los Wellesley habían regresado de Stone House una semana después que ellos, pero desde su despedida no había tenido más correspondencia con Ruth, y se había fijado como objetivo seguir los pasos de ambos, como única entretención para no acordarse de su corazón roto por el infortunio.

Cumplido su ritual, al regresar a la casa, su madre ya había mandado llamar a la estilista para que la preparara; esa tarde, por fin, tendría su encuentro con el «pequeño» barón, y lo único que deseaba era causarle tan mala impresión como para que siguiera su camino buscando otra esposa.

A las cuatro, las puertas de la casa Becker se prepararon para

recibir a Paul Strasser, de diecisiete años. Alice aguardaba sentada en la sala de visitas importantes junto a sus padres, luciendo un elegante y recatado vestido de seda y terciopelo color durazno, elegido para esa ocasión especial.

Suspiró profundamente, torciendo la mirada y poniendo los ojos en blanco por el tedio que le provocaba aquella situación, convirtiéndose en su tercera cita con propósitos matrimoniales.

—Ponte de pie —la apremió su madre al escuchar los pasos de los visitantes: Paul y su tutor, el señor Barker.

Su madre le dio un suave toque en el hombro para que se enderezara, justo cuando los dos hombres, guiados por su hermano, entraron en el salón. Alice se quedó anonadada al darse cuenta de que sus burlas sobre el «pequeño» barón resultaban una injusticia frente al caballero esbelto y espigado, de facciones firmes y delicadas, que avanzaba con paso firme hacia ella para presentarse, dejándola, a su vez, pasmada.

—Señorita Becker, es un honor para mí saludarla —declaró el joven con gesto galante y una leve inclinación.

Ella lo miró estupefacta, pues su buena presencia y su altura distaban mucho de lo que había imaginado. Su madre la despabiló con un sutil codazo y una expresión que le indicaba que debía responder algo amable y prudente.

—E-el gusto es mío, milord —musitó saliendo de su breve aturdimiento, con voz temblorosa, y extendiendo su brazo de manera vacilante.

Entonces él la tomó y depositó un suave beso en el dorso de su mano, que sintió aún a través de sus guantes y le recorrió hasta el hombro. Esto la hizo temblar; pero permaneció inmóvil hasta que escuchó los aplausos de su madre y la aprobación de su padre, quien invitó a todos a sentarse.

—¿Está decepcionada? —le preguntó Paul cuando salieron al balcón, mientras el resto los vigilaba desde adentro.

—¿De qué podría estar decepcionada?

—De mí.

Alice sonrió.

—Quizá sea todo lo contrario.

—De ninguna manera.

—Mis padres han dicho que me ha dado la primera opción, pero tal vez se arrepienta.

—Eso no sucederá.

—No dudo de que pueda encontrar a una prometida más acorde.

—Si lo dice por la edad, le aseguro que, por mi parte, no hay objeciones.

—Podría ser su madre —bromeó, haciéndolo reír.

—No lo creo, mi madre es aún más vieja —insistió él con seriedad, provocando que ella riera de soslayo. Sin embargo, su sonrisa se desvaneció poco a poco y quedó en completo silencio, comenzando a aceptar que el caprichoso destino le había hecho una muy buena jugada.

Capítulo 24

La sala principal de la mansión Wellesley se hallaba iluminada por la luz mortecina de la tarde que entraba a través de las cortinas de terciopelo rojo. El espejo dorado sobre la chimenea multiplicaba las figuras reunidas, como si los retratos de los antepasados en las paredes se hubieran sumado a la conversación, pero mostrando su desaprobación. El aire estaba impregnado por la cera y la leña que se consumía en el hogar, pero también de un murmullo contenido que no lograba disimular la tensión.

Lady Grace Williams se encontraba sentada con su cínico e impecable porte en el sillón de roble del señor Wellesley padre, un lugar que era respetado incluso por Arthur, quien la miraba con aprensión mientras escuchaba a su exultante madre enumerar los detalles del enlace con voz firme, con los candelabros proyectando sombras titilantes sobre la alfombra persa.

Cada palabra repetitiva sobre flores, invitados y música se convertía en un eco de voces que se mezclaba con el crujido de la leña en la chimenea. La cena había terminado hacía media hora, dando paso a la superflua y delirante discusión que amenazaba con revolverle el estómago —como le había sucedido a su hermana Ruth, quien se había ido a descansar a su habitación—, además de

hacerle implosionar su cerebro.

A pesar de su hastío, que había crecido con los días, Arthur se mantuvo en silencio, con la mirada fija en el fuego, cuyas llamas le traían remembranzas que estrechaban su garganta. Sin embargo, era consciente de que aquella reunión no era solo un repaso de preparativos; también servía como un «memorándum» de su compromiso adquirido.

Volvió a su mente, como un febril recordatorio, la pregunta de Alice que cobraba peso con el paso de las semanas, situándolo en medio de un dilema: *deseo* o *conformismo*. Era evidente para él cuál representaba cada uno.

El álgido tono que tomó de repente la discusión lo sacó de su trance. Regresó de su ausencia mental justo cuando lady Williams alzaba la voz, poniendo excusas para no querer confinarse en Bibury, la residencia que su padre le había heredado para cuando se casara.

—¿Estará de acuerdo conmigo en que no podemos encerrarnos en ese lugar? Cercano pero alejado de la civilización —arguyó la altiva y encantadora lady Grace, apelando a su devoción, con su voz llenando la sala y desplazando incluso el calor del fuego.

Pero él no le tenía ningún afecto, y aunque no había objetado al oficializar el enlace como si se tratara de otro trámite, comenzaba a ver las contrariedades de su «conformismo».

—Mi padre ha sido muy generoso al proporcionarnos un hogar cálido y lejos del bullicio. Siempre podemos usar el carruaje, como si diéramos un paseo hacia Londres —adujo, provocándole un chasquido a la mujer.

Lo cierto era que ese no era solo su pensamiento; hasta ese momento no habían compartido ninguno, más allá de los banales acuerdos prematrimoniales.

—Pero, señor, podríamos tenerlo solo como un lugar acogedor

para descansar —prosiguió Grace.

—Bueno, la cuestión de dónde van a vivir podrían resolverla sobre la marcha. Lo importante es que el lugar sea acorde con el estatus de mi querida hija; comprenderá que no está acostumbrada a vivir en el campo —intervino lord Harry Williams, su padre, cuya gran importancia se limitaba a ser nombrado lord por Su Majestad, el rey Jorge III, antes de sus problemas de salud.

A partir de ahí, empezaba a pensar que solo eran unos arrimados, pues tras algunas investigaciones, las finanzas de lord Williams parecían ser ficticias.

—De acuerdo, podemos conversarlo después —dijo, para apartarse de la discusión y buscar la salida.

—¿A dónde vas? Aún no hemos terminado aquí —lo reconvino Arnold, su padre, quien afrontaba junto a él la perorata, mientras su madre, Camille, se había dedicado a cuidar de Ruth.

—A tomar aire; creo que la cena me ha sentado un poco mal.

—Mi suegro tiene razón, debemos resolver esto ahora —exclamó Grace con una sonrisa forzada, tomando su brazo al acercársele.

—Pero seguro que pueden hacerlo sin mí —protestó, haciéndola retroceder. Esto era un recordatorio de que para lo único que los necesitaban a él y a su padre era para dar su aprobación a cada nueva exigencia, bajo la promesa de las grandes alianzas que vendrían en pro del matrimonio.

—¿Está seguro de que solo irá a tomar aire? —lo cuestionó en voz baja.

Arthur reconoció la advertencia en la voz de Grace, algo que se había vuelto costumbre desde su regreso de Stone House, donde conoció a Alice, quien supo que le desagradaba desde el primer momento que la vio. Pero no era esa aversión la razón por la cual se había alejado y evitado volver a ver a Alice; la razón era otra, una

que lo asfixiaba con recuerdos que le causaban incomodidad en la entrepierna.

—Todavía no nos hemos casado, lady Grace, así que aún no es tiempo de vigilar mis movimientos —soltó con particular antipatía, dejándola aturdida.

Ella lo soltó del brazo tras el empujón y volvió a la charla, afirmando que él estaría de acuerdo con todo lo que se decidiera, como una clara venganza. Fuera de esa sala, caminó directo a la habitación de Ruth.

Ya en la puerta, escuchó las voces de ella y su madre, pero estas callaron cuando tocó y entró.

—¿Tan pronto terminó la discusión en la sala? —le preguntó Ruth.

—Eso mismo me pregunto de ustedes dos.

Arthur advirtió la expresión seria de su madre, quien suspiró hondo y se puso de pie.

—Lo conversaré con tu padre —le dijo, y tras besarla en la frente y palmear el hombro de su hijo, se marchó.

—¿No me digas que te acabas de enfermar de muerte? —bromeó, sentándose en el sillón y colocando la cabeza en su regazo.

—No, pero será mejor que busque un lugar más tranquilo para recuperarme —respondió Ruth, acariciándole el cabello.

—¿No es un poco exagerado para un mal estomacal?

—Lo necesito, y la verdad es que no quiero estar cuando te cases con esa mujer odiosa.

—¿Crees que Grace es así? —preguntó con socarronería.

—Sí, es detestable. Me pregunto por qué la elegiste.

—No fui yo, lo hizo padre.

—¿Y si hubieras podido hacerlo? ¿A quién habrías elegido? —la pregunta resonó en la cabeza de Arthur, haciéndolo tragar con

fuerza.

Quería responder; sin embargo, decidió guardar silencio. Ruth lo tomó del hombro, obligándolo a enderezarse para que la mirara.

—Me voy —dijo, acercando sus labios a su frente. Ella lo retuvo cuando él se disponía a alejarse.

—La hubieras elegido a ella, ¿verdad?

Arthur tragó de nuevo con fuerza.

—No sé a quién te refieres.

—Sí lo sabes, pero parece que no le enseñé lo suficiente para que te agradara —replicó su hermana. Su mirada se ensanchó al entender que había tenido razón al pensar que a Alice no se le ocurriría hacer esas cosas, aun después de haber leído a Byron.

—Descansa —expresó, con un ademán de desear levantarse.

Ella lo tomó del cuello de su camisa.

—Dile a Gunter que traiga a Alice; quiero despedirme de ella antes de irme.

—¿Está decidido?

—Sí —respondió Ruth con firmeza.

Capítulo 25

La noticia de la visita formal del barón Strasser a la casa Becker para pedir la mano de Alice se esparció con mucha rapidez por todo Londres, convirtiéndose en el tema de conversación de moda del momento, e indudablemente llegó a oídos de Arthur, a quien le resultaba irrisorio e incluso molesto que Paul Strasser se hubiera convertido en el codiciado prometido de la señorita Alice Becker.

Cada vez que escuchaba esta novedad de boca de Grace, que lo comentaba con sarcasmo ante quien tuviera frente a ella, se le retorcían las entrañas. Por ello, prefería huir de su propia casa. Desde que sus padres habían acogido a las Williams como inquilinas para seguir adelante con los preparativos junto a su madre, sentía que ese ya no era su lugar, porque ellas se habían adueñado de todo.

Se encontraba sentado en una de las mesas de madera, gastadas por los años, en una vieja taberna de Whitechapel llamada The Donking, a la espera de su amigo Gunter, a quien tampoco había visto en mucho tiempo. El aire estaba cargado de humo y olor a cerveza rancia, aromas que, en lo particular, no le molestaban.

El suelo, en partes pegajoso por la cerveza derramada, y las mesas con marcas de cuchillos, mientras el humo a veces nublaba la

visión; todo esto le recordaba sus viejos momentos de tertulia rebelde, cuando era universitario y se alejaban en grupos a los suburbios de Oxford, en busca de diversión y desahogo.

El mustio lugar estaba lleno de marineros con cicatrices y obreros con las manos ennegrecidas por el trabajo. Él permanecía impertérrito en un rincón, discreto, con la chaqueta oscura y el sombrero ladeado para ocultar el rostro satisfecho de volver a las escapadas nocturnas con su amigo, quien aún se hacía esperar.

Mientras lo aguardaba, se empinaba un trago de cerveza escuchando al viejo que narraba la historia de un naufragio en el canal, con la voz ronca y los ojos brillantes, como si lo que contara fuera la pura verdad. No era la hilarante crudeza del relato lo que más lo impresionaba, sino la naturalidad con la que el hombre lo contaba, como si la *pérdida* fuera parte inevitable de la vida. Era un golpe de realidad que reflejaba la existencia diaria de muchos desdichados: hambre, guerra, muerte, supervivencia.

Arthur no reía como los demás que se burlaban del viejo cuando recalcaba que era la purita verdad; él absorbía cada relato como si buscara en ellos una conciencia que los salones nunca le habían mostrado y que comprobaba cada vez que lady Williams abría la boca para explayarse sobre sus *necesidades*, exhibiendo esa doble moral del poder.

El doble rasero de quienes disfrutaban del respeto obligado y la opulencia sin temor a exponer el brillo de su falsedad, aunque esta se encontrara inflada con aire rancio, contrastaba con aquellos que no necesitaban disfrazarse y simplemente mostraban cómo eran felices con su modesta realidad, que luego relataban a otros como viejas anécdotas.

«¿Qué sostiene a esta ciudad?», se preguntó en voz baja. «¿El lujo de los bailes o la resistencia de estos hombres?».

Pensó en los salones del West End, donde una mancha en la *cravat* podía arruinar una velada, y sintió un contraste tan brutal que casi le dolió. En ese instante, lejos de los candelabros, las levitas y los elegantes paños de seda, Arthur no era el caballero perfecto que Grace había idealizado para su conveniencia.

Era un hombre dividido, atraído por la sencillez y la crudeza de la vida real, buscando algo que ni su apellido ni su fortuna podían proporcionarle. Imaginó que el mundo tenía dos corazones: uno que latía en los salones y otro que sobrevivía en las tabernas. A él le gustaba escuchar ambos.

En ese momento, divisó a Gunter, que entraba en la taberna, y lo saludó apenas lo vio, quitándose el sombrero. A diferencia de él, parecía muy feliz, y quizá se debía a que por fin había cumplido con el encargo de su padre: comprometer a *su* pequeña Alice. El recordatorio le hizo apretar la mandíbula, justo cuando se dieron un sólido apretón de manos.

Estaba molesto por ello, pero tampoco podía odiarlo; él mismo haría eso por Ruth si ella no se hubiera obstinado en permanecer sola.

—No tienes buena cara —manifestó Gunter al levantar su mano para pedir una cerveza—. ¿Es por las exigencias de la honorable lady Williams?

—No —resopló, hastiado de ese tema, y fue al grano—. Ruth está enferma y ha decidido marcharse a Cornualles.

—No lo dices en serio, ¿tan grave está?

Arthur notó cómo, de repente, el rostro animado de Gunter se transformaba en tragedia. Sabía lo mucho que él la admiraba y supuso que la noticia también le resultaba calamitosa.

—No, pero supongo que es una excusa para escapar de este circo.

—¿Cuándo se irá?

—Pronto.

—¿Y volverá?

—Espero que sí. Quiere ver a Alice, ¿puedes llevarla a casa mañana?

—Sí, por supuesto. A Alice también le pondrá triste la noticia.

—¿No me digas que también estás mal por eso? —le bromeó, provocándole una risa nerviosa.

—Solo estoy sorprendido —respondió, y luego se quedó pensativo.

La vieja mesera trajo su cerveza en ese momento, y Gunter, tras agarrarla, se la bebió de un solo trago sin respirar, causándole una gran impresión a Arthur.

Capítulo 26

El anuncio de la enfermedad de Ruth y su próximo viaje tomó por sorpresa a Alice, quien sintió un profundo pesar al saber que se marcharía lejos durante una buena temporada. Si bien la noticia de su partida había trascendido, su verdadera situación de salud no lo había hecho, lo que dio pie a numerosas especulaciones.

Estas apuntaban a diferentes direcciones, incluyendo su discapacidad, que no parecía compensada por su encantadora personalidad a la hora de conseguir un marido. Por eso se iba lejos, bajo la fachada de una falsa enfermedad, dada su fragilidad.

Por supuesto, Alice no creía en las especulaciones y estaba convencida de que podría tratarse de un problema de salud real. Eso era lo que le había comentado Arthur a Gunter, y ella creía en él, aunque ya no albergaba muchas esperanzas. Irónicamente, sus vidas estaban tomando rumbos similares, aunque ella seguía manteniendo reservas sobre el punto más álgido que significaba *consumar* una relación solo por la obligación.

A pesar de haber enterrado sus anhelos y dejado de lado aquellas lecturas prohibidas que de vez en cuando le chirriaban en la cabeza, en el fondo, aún anhelaba volver a sentir ese abrazo. Después de varios días, su conciencia pesaba sobre ella como una

carga que la aplastaba. En parte por la vergüenza, pero también por su anhelo frustrado.

Sin embargo, lejos de acabar con sus esperanzas, estas continuaban sobreviviendo. La idea de no poder resignarse ante caminos que ya se habían separado le provocaba una desazón que le invadía el cuerpo.

—Es una lástima que la señorita Wellesley tenga que marcharse, pero, dado todo lo que la rodea, creo que es lo mejor. Camille debe estar consciente de ello —manifestó su madre, mientras iban de camino a Downing Street. Ella decidió acompañarla en lugar de la señora Trotter.

La joven conocía muy bien sus intenciones: quería ponerla al tanto de su compromiso con el barón Strasser. Después de aquella visita en la que quedó sellado su destino, no había vuelto a ver a Paul, ya que se encontraba inmerso en sus nuevas obligaciones, empapándose de lo necesario para cuando asumiera formalmente su título de barón y se ocupase de sus funciones.

Su madre ya la había instruido sobre lo que significaba casarse con un noble de su posición, y que a partir de ahora debía guardar las formas, por lo que visitar a su amiga enferma era una muestra de su sensibilidad hacia los dolientes.

En su interior, Alice pensaba que todo eran pamplinas y lo que menos le interesaba era mostrarse como si fuera una santa, cuando en el fondo ni siquiera se sentía virtuosa con todo lo que había experimentado, influenciada en parte por Ruth y por sus propios bajos instintos.

El carruaje se detuvo en el patio interior y ambas fueron recibidas por la señora Wellesley y su ama de llaves, la señora Forb. Esta, a modo de disculpa, le manifestó que la señora Williams y su hija no se encontraban en casa porque habían ido con la costurera a

arreglar un defecto en el vestido que luciría en su fiesta de compromiso del sábado.

Alice agradeció no tener que encontrárselas y esperaba no hacerlo con Arthur, aunque ese era el anhelo secreto que le provocaba una contradicción. Luego de los saludos, halagos y felicitaciones de lado y lado, las condujeron a la sala principal, donde la perorata de su madre hacía chillar los oídos de Alice, quien deseaba que se callara.

—¿Puedo ir a ver a Ruth? —preguntó, interviniendo con timidez en la conversación.

—Por supuesto, ella está deseosa de verte —respondió Camille con amabilidad, y de inmediato ordenó a la señora Forb que la guiara hasta la habitación.

Alice siguió a la mujer con el corazón palpitando a mil, y casi se le detuvo cuando se tropezaron de frente con Arthur, que venía de esa dirección. Él se detuvo un instante para contemplarla, y ese brevísimo momento fue suficiente para que sintiera que el suelo se había vuelto blando.

—Hola, Alice —la saludó. Su tono grave y sereno casi la hizo tartamudear.

—Señor Wellesley. —Devolvió la cortesía con un gesto que no pareció agradarlo, imponiendo una distancia a la que se había obligado, como si fueran extraños, todo para no perder el norte y su propia fuerza de voluntad.

Al final, él pareció comprenderlo y le obsequió una media sonrisa tan serena como su actitud.

—Ve, Ruth está desesperada por verte —dijo, y continuó su camino.

Alice se apresuró a seguir a la señora Forb, conteniendo las ganas de mirar atrás. No lo hizo en ningún momento, y eso le pesó

en el corazón. Respiró hondo para llenar sus pulmones y continuó. Al entrar en la habitación, se encontró con una imagen algo demacrada de la vibrante Ruth que había conocido hasta hacía unas semanas.

Corrió a arrodillarse junto a su cama y le tomó las manos.

—Dime que no te vas a morir —gimió, casi sollozando.

Ruth le levantó el rostro y le acarició las mejillas.

—No, tonta, aunque lo parezca.

—¿Qué tienes?

—El médico dice que es un problema intestinal.

—¿Y eso qué es? —preguntó, y Ruth se echó a reír, devolviéndole con ese gesto un poco de su buen humor.

—Mejor no te lo digo, pero creo que tendré que vivir con esto como mi compañero —manifestó, mostrándole un pequeño bote ornamentado que usaba para sus necesidades.

Alice rio con desgano, tapándose la nariz y arrugando la cara, burlándose de ella, quien lo dejó otra vez en su lugar.

—Nos ha dicho tu madre que irás a la costa, a Cornualles. ¿Por qué tan lejos? Bibury está más cerca; hasta podría ir a visitarte.

—No puedo ir allí, papá se lo ha dado a Arthur para que viva con la remilgada señorita Williams.

La noticia la consternó. Sabía que eso podía pasar, pero que ya fuera un hecho lo hacía más desolador. Tuvo que admitir que su última visita allí había sido como una despedida de su infancia enamorada y hasta de su propia inocencia.

—¿Entonces vivirán allí?

—Eso está por verse.

—¿Por qué? Sería como vivir en un pequeño paraíso.

—Sí, pero la estirada de lady Williams no está acostumbrada al campo.

—Entonces querrá vivir aquí y tener sus descansos allá.

—Eso parece, aunque es Arthur quien debe decidir si le hará caso a los caprichos de la princesita.

—¿Vas a estar para la boda?

—Espero que no.

—Él querrá que estés allí —porfió.

Ruth medio sonrió.

—Tal vez mi recuperación demore mucho tiempo —dijo, y luego tuvo que soltarle las manos para agarrar su bote y devolver del estómago.

Alice le pasó un paño para limpiarse y se alejó para darle privacidad. Caminó hasta la ventana, donde vio el regreso triunfal de las dos mujeres: Grace y su madre. Luego volvió y tomó asiento en el sillón.

—¿En serio no es grave? —insistió en la pregunta.

—No —negó nuevamente Ruth, haciéndola suspirar. Entonces, decidió que no iba a abrumar a su amiga con preguntas que no necesitaban respuestas más certeras y aceptó que, después de ese día, no la volvería a ver, por lo que se mostró más amable—. ¿Y cómo va todo con el barón? Creo que no hay nadie que no sepa la noticia.

La pregunta la sacó de sus cavilaciones. Mordió su labio inferior.

—Supongo que bien.

—He escuchado que hacen muy buena pareja.

—¿Aunque parezca su madre? —bufó con cara de espanto, haciendo reír a su amiga.

—Con solo dos años de diferencia, no lo creo.

—¡Pero pronto cumpliré veinte! —exclamó con exagerado horror.

—Y él tendrá dieciocho. Además, tendrás el privilegio de convertirte en toda una baronesa.

—Eso no me hace mucha ilusión.

—A mí sí, ya que perdí las esperanzas de que te convirtieras en mi cuñada —mencionó Ruth, haciéndola casi llorar.

—¿¡Q-qué dices!? —barbotó, apartando la cara.

Ruth agarró su mano, deteniéndola.

—Sé que te gusta Arthur.

—Eso... solo era una ilusión de niña.

—No lo creo, y me gustaría que no te rindieras.

—No digas... tonterías —manifestó, poniéndose en pie y pestañeando varias veces para espantar las lágrimas—. Además, cada uno ha elegido su camino.

—No es cierto —replicó Ruth con seriedad.

—¡Bien! ¿Y qué hay de ti? Sé que te gusta Gunter, pero prefieres marcharte lejos.

—Lo hago porque es lo mejor.

—¿Para quién? —murmuró, apretando los dientes; sin embargo, su amiga no dijo nada.

En ese momento, tocaron a la puerta para llevarle comida, y la conversación murió allí. En el fondo, Alice aceptó que hablar del asunto era como echar sal a una herida abierta que no tenía esperanzas de volver a cerrarse.

Capítulo 27

La visita a Ruth la dejó un poco trastornada. Sus pensamientos iban de un lado a otro como una veleta, tratando de descifrar qué era lo que realmente la aquejaba. La había visto devolver, no una, sino muchas veces, hasta que se despidió de ella esa tarde, prometiendo que era mejor no verla partir.

Así mantuvo su promesa hasta que, el jueves por la tarde, Gunter regresó con la noticia de que había tomado el carruaje rumbo a Abbey House, en las costas de Cornualles. Lloró todo el día y casi no quiso comer. Su madre tocó la puerta de su habitación con insistencia hasta que no tuvo más remedio que abrirle y regresar a tirarse en la cama.

—Cambia esa cara, que Ruth no se ha muerto.

Ella suspiró profundamente por la ironía y se volvió a arropar con la cobija. Le habían traído el desayuno, y su madre, con persistencia, se la arrancó y la obligó a sentarse a comer. Alice miró hacia la doncella que sostenía la bandeja y notó su palidez, además del temblor en sus manos.

—¿Te sucede algo? ¿Estás enferma? —preguntó, observando con curiosidad el semblante pálido y ojeroso que había visto en Ruth.

—No la agobies; la que está enferma eres tú —la riñó su madre.

Sin embargo, Alice notó que la muchacha parecía estar al borde de desmoronarse.

—Estoy bien, señorita, no se preocupe por mí —respondió la joven, y la mirada indulgente de su madre hizo que se sentara a comer obedientemente.

—Sé que aprecias mucho a Ruth, pero no es necesario que sufras su ausencia.

—¿Qué piensas de ella, mamá?

—¿Por qué lo preguntas? Es una mujer muy linda y educada; es una lástima que tenga esa condición. Es muy desafortunado —comentó Rufina, bebiendo su té.

—¿También crees los rumores de que se ha ido por eso?

—Cariño, no sería raro. A Dios gracias, tú no tienes defectos.

—¿Y si los tuviera? ¿Me enviarías lejos?

—¡Qué disparates dices!

—¡Eso no contesta mi pregunta! —exclamó molesta. Su madre la miró con seriedad.

—Ya lo dije: eres perfecta y serás una novia preciosa. No hay nada que discutir al respecto —sentenció Rufina.

Alice terminó de comer a regañadientes, y, después de complacerla, finalmente su madre se fue, permitiéndole respirar en paz. La misma doncella que la atendía fue a ayudarla a tomar un baño, y una vez que estuvo vestida y preparada para lo que le esperaba por la tarde con la visita anunciada de Paul, se dirigió a la biblioteca, donde encontró a Gunter recostado en el sofá, con el librito contra el pecho.

—¿Pensando en Ruth? —le preguntó, sobresaltándolo. Él se incorporó de inmediato y guardó el libro en su bolsillo.

—¿Qué dices?

—¿Sería un problema para ti echarla de menos?

—Vamos, Alice.

—Dijiste que te gustaba.

—¿A qué vienes con eso?

—¿No quieres saber por qué se fue?

—Estaba enferma, es todo. El aire de la costa le sentará bien —explicó, con un matiz de desinterés que a ella le causó extrañeza. Lo miró, escrutándolo hasta que él frunció el entrecejo.

—¿A dónde quieres llegar con tu interrogatorio?

—¿Y si hay otra razón por la que se ha marchado lejos, aparte de su enfermedad?

—Ruth siempre ha viajado; ¿por qué se te hace extraño?

—Eso es lo que quiero saber, porque yo sé lo que pasaba entre ustedes —soltó, haciendo que él adoptara una expresión de sorpresa.

—¿De qué hablas?

—Espero que no seas el culpable, porque si es así, te lo haré pagar —lo amenazó, aunque no estaba segura de qué podría hacerle.

Gunter ensanchó la mirada, mezclando sorpresa y preocupación. Justo en ese momento, su padre llegó, deteniéndose frente a ambos y observándolos de hito en hito.

—¿Jugando al duelo de miradas como cuando eran niños? —preguntó con buen humor.

—Sí, padre —se adelantó Alice en contestar—. Parece que has perdido, Gunter —añadió, dirigiéndose a él, quien entornó la mirada con recelo.

—Voy a recibir a Paul —dijo y se marchó.

Alice suspiró profundamente, convencida de haber visto un atisbo de culpabilidad en la cara de enojo de su hermano.

—Has vencido a Gunter, sí que eres buena, hija mía. —Le

aplaudió su padre.

Ella le sonrió y se refugió en su pecho, contenta de que su salud hubiera mejorado.

Capítulo 28

El día del compromiso de Arthur llegó, y aunque Alice hubiera deseado no tener que asistir, se vio obligada a hacerlo. Paul se ofreció a llevarla porque también estaba invitado, lo que hizo la situación algo más soportable para ella. Por un lado, había acosado a Gunter acerca de Ruth, sin conseguir una respuesta concreta; por otro, se veía forzada a acompañar a su joven prometido al compromiso de su amor frustrado.

Paul fue a recogerlas como un verdadero caballero, y las llevó a ella y a la señora Trotter, quien sería su compañía. En todo momento, Alice se vio obligada a sonreír para evitar que él le hiciera preguntas sobre su estado de ánimo. Lo cierto era que, a pesar de todas sus atenciones, no podía evitar arrepentirse de haberlo acompañado, en especial tras la revelación de Ruth acerca de sus sentimientos por su hermano. Cada vez que lo recordaba, un grueso nudo se formaba en su garganta, dificultando su respiración.

Finalmente llegaron a la mansión, cuya iluminación le trajo recuerdos de la noche del cumpleaños de Ruth. Suspiró, acordándose de todo lo que había sucedido desde aquel momento, y pensó que ya era tiempo de cerrar ese ciclo. Esa noche, Arthur se comprometería con la señorita Grace Williams, y los sueños de la

niña de doce años que una vez fue llegarían a su fin.

Después de las presentaciones, entraron en la sala de baile, resplandeciente bajo la luz sobria de los candelabros de cristal, cuyos destellos se multiplicaban en los altos y dorados espejos que no recordaba haber visto en visitas anteriores. El suelo de madera pulida reflejaba el movimiento de los ilustres invitados, mientras la música del cuarteto llenaba el aire con un ritmo ceremonial.

Paul, tomando su mano con elegancia, la llevó hacia la pareja que recibía los halagos y los honores por su fastuoso compromiso. Arthur, luciendo su porte robusto e impecable, ofrecía el brazo a su prometida, lady Grace Williams, quien se deshacía en sonrisas ante los saludos. Sin embargo, al verlos a ellos, su expresión se volvió seria.

Alice permaneció en silencio, con la mirada fija en la punta de sus zapatos, mientras Paul hacía las presentaciones. Cuando llegó su turno de felicitarlos, apenas se atrevió a hablar.

—Felicidades por su compromiso —se limitó a decir, haciendo una leve reverencia.

—Gracias. He escuchado que también se casarán dentro de poco —comentó Grace, mientras Arthur no le quitaba la mirada de encima —. Espero que no sea pronto, no quisiera que opacaran nuestra boda, y no lo tome a mal, milord.

—Aún falta para ello —replicó Paul con gentileza—. En todo caso, no creo que podamos opacarlos, y deseamos que sean muy felices.

Alice escuchaba en silencio, pensando para sus adentros que quizá solo a ella se le veía tan feliz. No obstante, su situación era la misma.

—Muchas gracias, lord Strasser. También le deseo mucha felicidad —intervino Arthur, y su voz resonó como un eco de antaño en su cabeza.

Entonces, Alice levantó la mirada y finalmente lo enfrentó. Lo que vio en sus ojos serios y fríos la dejó un poco trastornada.

—Cariño, ¿bailamos? —lo invitó Grace, interrumpiendo la conexión que parecía volverse íntima entre ambos.

Él se obligó a mirar a su flamante prometida y le asintió con un leve y controlado movimiento de cabeza. Paul y Alice se quedaron allí observando cómo avanzaban con elegancia hacia la pista, lady Grace envuelta en un vestido de seda color esmeralda, bordado con hilos dorados que brillaban bajo la luz de las lámparas. Sus joyas, excelsas en su cuello y muñecas, enfatizaban su porte impecable, un despliegue de lujo que hablaba de poder y tradición.

Sin embargo, en el momento en que empezaron a danzar en el centro, tras ella elegir la tonada, el aire entre ellos parecía más rígido que fluido, como si el baile fuera una obligación y no un deleite.

—El señor Wellesley parece haber encontrado una joya —comentó Paul a su lado, extendiéndole la mano—. Pero yo he encontrado una maravillosa alhaja que ostentar. ¿Me concede este baile, mi señorita?

Alice se quedó un poco atónita ante la galante comparación, tanto que pudo esbozar una sonrisa forzada. Luego le dio su mano, y él la condujo al extremo opuesto de la pareja central. Agradeció para sus adentros que eligiera esa distancia, quizá para demostrarle a Lady Grace que no iban a opacarla; sin embargo, al empezar a bailar, Alice dejó de lado sus temores y se dejó llevar por el joven barón Strasser.

Ella resplandecía de manera natural en su vestido de muselina blanca con detalles discretos. La tela ligera se movía con gracia, al igual que su larga cabellera, en la que brillaba una delgada tiara de flores de plata. Ambos danzaban con una elegancia silenciosa que

no buscaba deslumbrar, en contraste con la ostentación de Grace; se convirtieron, sin proponérselo, en el centro de todas las miradas, resaltando entre las parejas que danzaban en paralelo y se cruzaban a su lado en el salón como reflejos.

Alice sonrió hasta que su mirada se encontró con la de Arthur, justo cuando lady Grace se detuvo abruptamente y lo tomó del brazo, obligándolo a retirarse con ella de la pista de baile.

Capítulo 29

Alice se sintió algo abrumada después de que su baile con Paul la convirtiera en el centro de atención, a pesar de que él le había prometido a lady Grace que no haría nada por opacarla. Cuando tomaron un descanso, fueron asediados por muchos de los invitados, en especial él, debido a su posición de noble.

Trotter le indicó que era momento de dejarlo socializar con los caballeros, y Alice agradeció que recordara esa norma. Ella sería, en teoría, su esposa. Sin embargo, no debía eclipsarlo. No discutió al respecto y decidió buscar algo de beber para mitigar la sed que sentía.

—Vaya, ¿quién iba a decir que hoy estarías aquí convirtiéndote en el centro de atención? —Escuchó la ladina voz de Lottie, mientras Alice se volvía, aún bebiendo ponche.

—¿Eso crees? —le preguntó, mientras una sonrisa maliciosa se dibujaba en el rostro de su interlocutora.

Imaginó que Lottie pensaría que ella se regodearía de tener un prometido de mayor alcurnia que Grace en su propio compromiso. También sabía que lo que dijera podría terminar como una nota en un panfleto si admitía en público que Paul tenía más abolengo que el propio lord Williams, de quien conocía que estaba en el Parlamento.

—Sí —contestó Lottie, mostrando una falsa modestia que llevó a Alice a acabar su bebida dulce y refrescarse apretando los labios.

—Será mejor que no te escuche la señorita Williams —le advirtió a Lottie, antes de dejar su vaso sobre la mesa y caminar hacia el pasillo donde estaba el baño para invitados.

Mientras se dirigía allí, Alice observó que Arthur y Grace sostenían una acalorada conversación, la cual se interrumpió cuando él la vio. Su prometida la miró con desdén y, tras una pataleta, se fue hacia el fondo del pasillo. Ante aquel cuadro que preferiría no haber presenciado, decidió salir al jardín. Aceleró su paso entre los setos, deteniéndose en el lugar donde aquella noche presenció, en secreto, lo que hacían Ruth y Gunter a escondidas de los demás.

Recordó a Gunter y su decisión de no acompañarlos. Nada le sacaba de la cabeza la idea de que estaba perturbado por Ruth. Justo cuando iba a darse la vuelta para volver adentro y evitar que las imágenes la trastornaran, se encontró de frente con Arthur, quien le bloqueó el paso.

Abrió la boca, pero no dijo nada. Él tampoco. Intentó ir hacia un lado y él se interpuso; luego, al otro, y la reacción fue la misma. Ambos actuaron como si estuvieran danzando al son de la música que provenía de la sala, sin siquiera tomarse de las manos.

—¿Me dejas pasar? —preguntó, con la mirada fija en el suelo de grava.

—No.

—Ar... thur —pronunció, con voz apagada.

—No quiero —renegó, sorprendiéndola hasta la estupefacción.

—Tu prometida.

—¿Y qué hay del tuyo? —la increpó, y ella alzó la mirada.

Tragó saliva con fuerza, observando la misma expresión ensombrecida y destrozada que tenía en el pasillo cuando fue a ver

a Ruth.

—La señorita Grace debe estar buscándote.

—Y me imagino que lord Strasser también a ti —replicó él, sacándole una sonrisa triste.

Entreabrió los labios, pero antes de que pudiera pronunciar alguna palabra ingeniosa para seguir el hilo irónico de la conversación, él le tomó las mejillas y se inclinó, acortando la distancia entre ellos.

—No lo hagas —susurró débilmente, sintiendo su aliento cálido y acelerado rozar su boca. Su pecho subía y bajaba, y su corazón latía desbocado ante la inminencia de lo que podría convertirse en un beso: su *primer beso*. Ella abrió los ojos, pero antes de que se cumpliera su anhelo prohibido más profundo, escuchó la voz de la señora Trotter llamándola, trayéndola de vuelta a la realidad. A la de ambos.

Trató de zafarse, pero Arthur mantenía sus grandes y suaves manos sobre su rostro. Finalmente, la liberó ante el segundo llamado de Trotter, provocando que las lágrimas brotaran de sus ojos. Ella bajó la cabeza, le dio la espalda y, secándose las mejillas, se dispuso a volver.

—Te quiero, Alice. —Escuchó la confesión, y se detuvo en seco. Se quedó inmóvil hasta que salió de su estupor y se volvió para mirar, pero cuando lo hizo, ya Arthur había desaparecido.

—Niña, ¿qué haces sola en este jardín? Me tenías preocupada buscándote —dijo Trotter, acercándose a ella.

—Solo tomaba aire —respondió, con un hilo de voz, después de aclararse la garganta.

Capítulo 30

Alice no sabía si reír o llorar ante tal confesión. Tres días habían pasado y la voz de Arthur seguía resonando en su mente. «¿Por qué lo dijiste?», se preguntó mientras se revolvía en la cama.

No obstante, también se cuestionaba el significado detrás de sus palabras. De repente, tocaron la puerta y se incorporó antes de que su madre entrara sin más. Sin embargo, también deseaba saber cómo se encontraba Sarah, a quien no había visto en esos mismos días.

—Adelante —dijo, y su madre entró, seguida de otra criada. Esta última venía riendo con entusiasmo, sosteniendo una revista en la mano.

—Tienes que ver esto, mi cielo —exclamó, mostrándole la página en la que aparecía el anuncio de su compromiso con Paul como el próximo evento del año—. Ya me he disculpado con Camille por opacar un poco la boda de su hijo, pero debe aceptar que tu enlace con Paul es un acontecimiento único. Hija mía, estoy tan feliz de que seas la novia afortunada.

—Mamá, todavía falta para eso —se quejó, observando que había llegado otra doncella.

—Sí, lo sé, pero ¿te imaginas el revuelo que esto causará por un

buen tiempo?

—¿Y dónde está Sarah?

Rufina la miró con extrañeza.

—No te preocupes por ella, no podrá atenderte por un buen tiempo. Pero Marta estará a tu disposición.

—Estaba enferma. ¿No me digas que ha empeorado y la despediste?

—Vamos, Alice, deja de preocuparte por esas cosas, es solo la servidumbre.

—¿No dijiste que debía ser sensible? ¿O solo funciona cuando muestro esa conmiseración hacia mis iguales?

—Vaya con qué tonterías habla mi hija.

—¿Qué era tan grave para que la despidieras?

—Eso no importa, y ¿qué esperas para prepararte? Paul vendrá a almorzar con su madre y debes comenzar a comportarte como una anfitriona —sentenció su madre, dando por cerrada la discusión.

Alice la miró con enojo y mantuvo esa expresión hasta que salió de la habitación.

—No se preocupe por Sarah, ella está bien, solo está experimentando los síntomas normales de su embarazo —manifestó Marta, quien la atendería en su lugar, y Alice entreabrió la boca, meditando sus palabras.

—¿Embarazo? —preguntó sopesando la palabra.

—Sí, y seguro que será algo que vivirá más adelante cuando se case. Los hijos son parte del matrimonio, mi señorita —siguió explicando Marta, quien la miró con preocupación—. Lo siento, no debí decirle nada de... eso.

Con todo lo que había dicho Marta, Alice continuaba elucubrando hipótesis en su mente, relacionando más que nunca el estado de Ruth con el de Sarah, y necesitaba corroborarlo.

—¿Sabes dónde vive Sarah?

—Ah, mi señorita... eso...

Ella se acercó y la tomó de los hombros.

—Necesito verla y saber si está bien.

—Pero...

Alice abrió los ojos, mirándola con advertencia, haciéndola retroceder.

—Si su madre se entera, me echará.

—No lo hará si somos cuidadosas, lo prometo —le aseguró con una sonrisa comprensiva.

—Está bien, la llevaré a verla esta tarde.

Alice le agradeció y de inmediato permitió que la ayudara a prepararse para recibir a Paul y su madre. Extrañamente, se sintió tranquila, aunque no sabía si eso se debía a que Arthur le había declarado su amor de forma tan anticlimática, o a que por fin hallaría la respuesta al alejamiento de Ruth. O, tal vez, solo se sentía contenta de poder encontrar respuestas.

Para evitar que su madre sospechara que escaparía esa tarde hacia Whitechapel, se comportó de acuerdo con las circunstancias, agradándola al seguir al pie de la letra sus indicaciones sobre cómo atender a su futura familia. Siempre le recordaba que así mismo se comportó cuando atendió por primera vez a su padre.

Su atención fue tan impecable que lady Tatiana Strasser quedó maravillada, y Paul le agradeció su amabilidad y generosidad. Sin embargo, en medio de todo ello, recordaba aquellas viejas frases que había leído sobre en qué se fundamentaba el poder.

Por su parte, había comprendido la parte del pensamiento crítico de Malgraux, quien expresaba que no desafiaba de forma trasparente a su familia por el peligro que representaban sus ideas, pero al mismo tiempo buscaba entender lo que ellos ignoraban sobre

su propia ética moral. Su madre quizá le había brindado una muestra de eso al pregonar pero no aplicar.

Tuvo que esperar un tiempo prudente hasta que llegó la hora de que algunos criados regresaran a sus casas, entre ellos Marta. Ella anunció a todos que se iría a la cama temprano y, gracias a su buen comportamiento, nadie sospechó que minutos después saldría de incógnito de la mansión Becker, oculta entre sacos en la carreta donde viajaban los empleados.

Solo cuando estuvieron a una prudente distancia, salió de debajo de ellos y se sentó junto a Marta y dos mozos que también regresaban, además del que tiraba de la carreta.

—Espero que esto no cause problemas, señorita. Su madre se enojará mucho si se entera —dijo Marta, con zozobra en la voz.

—Si les perjudico en algo, asumiré las consecuencias —anunció, ante la preocupación de los criados que no veían con buenos ojos lo que su compañera se atrevía a hacer, murmurando entre ellos.

—Parece que estamos en la misma carreta que usted, señorita —dijo finalmente uno de ellos, lo que provocó risas entre todos, aligerando el panorama incluso para ella misma.

Capítulo 31

La carreta avanzaba lentamente por las calles húmedas, el traqueteo de las ruedas sobre los adoquines marcaba un ritmo constante. Alice iba envuelta en una capa oscura, escuchando a los empleados que contaban anécdotas del día en voz baja, para no importunarla.

No le molestó que lo hicieran; para ella, estar en medio de ellos era como enfrentar el choque de mundos. Con esa impresión, no pudo evitar recordar la frase sobre «quien controla la riqueza, domina los cuerpos». Eso la hizo reflexionar sobre quién poseía el poder sobre estas personas, y la respuesta era simple: sus padres. Lo que ellos temían era lo mismo que los esclavizaba.

Alice observaba cómo las luces de gas se volvían más escasas a medida que se alejaban de los barrios acomodados, dejándolos atrás en el recorrido. Se sorprendió al notar que el murmullo de la ciudad cambiaba, e incluso el paisaje: ya no había carruajes elegantes, andares sofisticados, ni conversaciones refinadas, sino gritos de vendedores que se mezclaban con risas ásperas y el bullicio de tabernas que derramaban su luz amarillenta en la penumbra.

Cuando la carreta se internó en Whitechapel, el contraste fue absoluto. Las calles eran estrechas y por ellas deambulaban mujeres

y hombres con expresiones ansiosas y lánguidas. Alice sintió un estremecimiento: era como si hubiera cruzado un umbral invisible, dejando atrás el mundo de los salones para entrar en un territorio donde la vida se mostraba sin máscaras.

—Debe asustarle todo esto —mencionó la doncella, y ella admitió que decía la verdad.

—Lo siento, un poco.

—No se disculpe. Su madre puede ser indolente en ciertos casos, pero es buena patrona y nos da de comer a muchos —explicó, esperando que lo dijera en broma. Por su parte, Alice estaba descubriendo que algunos pensamientos no nacían de la imaginación, sino de una catarsis real.

—Está bien, pero me aseguraré de que Sarah recupere su trabajo una vez se restablezca de su estado —dijo, y todos en la carreta se echaron a reír.

Alice no entendió el porqué de la jocosa reacción y prefirió no contender con ellos, quienes, al fin y al cabo, se estaban arriesgando por ella. Sin embargo, lo que para ella quizá era un capricho, para ellos era su misión más importante.

—Es allí, ya hemos llegado —señaló Marta, indicando una hilera de precarias edificaciones, un drástico contraste con la belleza de las cabañas de los humildes tejedores de Arlington Row.

Había mucha gente alrededor, como si ya no hubiera espacio suficiente para acogerlos dentro de estas. Las dos bajaron de la carreta, y Marta, luego de pedirle al cochero que las esperara, la agarró de la mano y la llevó al interior de la primera en la hilera.

Subieron tres pisos y tocaron una puerta de madera raída. La misma Sarah les abrió, y Alice se llevó una gran impresión al ver en ella la misma imagen demacrada de Ruth.

—Señorita, ¿qué hace aquí? —preguntó, espantada.

—He venido a verte. No te preocupes.

—Sabes que ella no debería estar aquí. No es bueno —repuso Sarah, con la voz cansada y un semblante terrible. Detrás de ella, el espacio parecía minúsculo para las otras tres personas que también estaban allí.

—Lo siento. No vine a molestar, solo quería saber cómo estabas —dijo Alice, con la voz un tanto quebradiza, afectada por lo que estaba viendo.

Sarah se rio débilmente, y Alice se sintió patética.

—Estoy embarazada, señorita. Es mi tercer bebé y no podré seguir trabajando por los siguientes nueve meses, debido al malestar; pero no es su culpa.

Alice entendió que no lo era, pero tampoco podía quedarse sin hacer nada, al menos en su situación. Sin embargo, podía ayudar y quería hacerlo, aunque debía pensar mejor cómo. Sacó del bolsillo de la falda de su vestido una bolsa con monedas, de las que su padre le había dado, y que había llevado al no poder sacar nada de la alacena, a riesgo de ser descubierta.

Se la entregó, haciendo que Sarah la empuñara con su mano, y esta comenzó a llorar.

—Espero que te sirva de algo —le dijo.

Ella asintió, y Marta le puso la mano en el hombro y le sonrió.

—Creo que es mejor que se vaya —le susurró.

Alice no se opuso y asintió.

—Velaré por ti —le dijo, sonriéndole.

La doncella le hizo un gesto de apremio, y juntas salieron de allí, de nuevo a la calle.

—Seguro que ha quedado impresionada.

—Mucho —admitió.

—Esta es nuestra vida, y aunque no lo crea, nos hemos

acostumbrado a ello. Sin embargo, a algunos no les gusta volver.

Ella comprendió que era así, porque la mayoría de los empleados y doncellas de su madre preferían quedarse en los alojamientos para trabajadores de la mansión.

—¿Puedo contribuir para ayudar a Sarah? —preguntó mientras caminaban por las calles ruinosas hasta donde las esperaba la carreta.

Marta asintió. En ese momento, un caballero a caballo se detuvo frente a ellas, causándoles un susto casi de muerte. Sin embargo, se quedó tiesa al reconocer al jinete.

—¿Alice? —preguntó Arthur, desmontando del caballo rápidamente, para ponerse frente a ella.

Por un instante, ninguno de los dos se movió. Alice, con el corazón acelerado, sintió que el ruido de la calle se apagaba solo por haberlo encontrado de forma fortuita allí.

Capítulo 32

Alice seguía estupefacta ante el inesperado encuentro. Después de despedirse de Marta y de que Arthur le asegurara que la llevaría de vuelta a su casa, tras ella explicarle el motivo de su presencia allí, ambos caminaban en silencio, perturbados solo por el bullicio de las calles y el sonido de los cascos del caballo que él guiaba, galopando despacio a su lado sobre el adoquinado.

—No puedo creer que te hayas atrevido a venir aquí solo por eso —dijo él, luego de que ella le expuso la razón de su presencia en ese lugar.

—Tengo un buen motivo para ello —se defendió ella.

—¿Y vas a decírmelo para que te crea o vas a esconderlo? —la inquirió.

—Tiene que ver con Ruth, solo quería comprobar algo.

—¿Con mi hermana? —bufó él al escuchar su respuesta.

—Sí, pero aún no te lo diré.

—Debes estar bromeando, Alice. ¿Qué tiene que ver mi hermana con todo esto?

—¿Puedes esperar? Y, de todos modos, tú también estás aquí.

—Es una suerte que te haya encontrado. No es un lugar seguro para las señoritas decentes, y menos si están comprometidas con un

noble.

—¿Lo dices a modo de burla?

—Supongo que es sarcasmo —repuso él jocoso.

—Quizá las ideas de ese libro no están tan erradas —comentó ella al doblar una esquina y salir a una zona de tabernas.

—Tiene algo de sentido, aunque a estas alturas, dudo que no lo hayas leído todo.

Alice sonrió, admitiendo que tenía razón; los pensamientos de Malgraux ya formaban parte de sus reflexiones.

—¿También intentas comprobar su pensamiento al venir aquí? —cuestionó, sin dudar de que algunas respuestas estuvieran en el lado cruel de la vida, sobre todo en aquella que no tiene privilegios.

Arthur detuvo al caballo y la miró. Aunque era de noche y la luz de las farolas a gas era bastante insípida, pudo notar que sus ojos tenían un brillo hermoso y que su expresión ya no era lúgubre. Entonces recordó su confesión y sintió cómo se le tensaba la espalda.

—Vamos, hay que subir al caballo. Es hora de sacarte de aquí. Creo que has visto suficiente por esta noche.

Ella obedeció y se colocó frente a él, quien la tomó por la cintura y la impulsó con facilidad para que se sentara a horcajadas en la silla.

—¿También subirás? —preguntó con un matiz de nerviosismo en su voz.

La idea de cabalgar juntos le sonrojó el rostro y le estremeció el cuerpo.

—Por supuesto —respondió él, subiendo a la silla y quedando muy pegado a ella.

—Arthur —susurró su nombre, y ella escuchó su risa gutural a su espalda.

—Me siento un poco egoísta al tener que llevarte así, pero no puedo evitar querer sentirte cerca. Quiero que sepas que no estoy enojado por haberte encontrado deambulando por allí, porque estoy convencido de que fue una providencia.

—¿Eso crees?

—Sí, mi pequeña Alice —susurró en su oído mientras pasaba las manos por debajo de sus brazos para sostener las riendas y arrear al caballo, llevándolo a todo galope.

Alice no protestó; la sensación de su amplio y duro pecho pegado a su espalda, como un gran escudo protector, la hizo sentir segura y consciente de que no era lo que había planeado, pero no podía quejarse del resultado. Mientras Arthur azuzaba al equino, ella se dejaba envolver por su aroma a colonia dulce y varonil, y se embriagaba con el aliento que le rozaba la mejilla.

Finalmente, estuvieron alejados de Whitechapel, transformando por completo la vista y dejando atrás el olor a suburbio, ralentizando la marcha.

—Dijiste que me querías, ¿eso es cierto? —le preguntó cuando transitaron por calles menos convulsas.

—Te quiero —le susurró él.

Alice reaccionó de inmediato, colocando su mano sobre la de él, que llevaba la rienda, obligándolo a detener al caballo. Sin pensárselo dos veces, ladeó la cara para acercarse a su boca.

—¿En serio me quieres? —le preguntó, con los labios rozándole las comisuras.

Arthur se inclinó más para juntar sus bocas.

—Te quiero para mí —susurró, apenas rozándola.

Alice sonrió, colocando su mano en su mejilla, sintiendo las señales de una incipiente barba, y lo atrajo hacia su boca. Arthur la besó, haciéndola entreabrir los labios. Ella abrió los suyos y le dejó

sentir su lengua, sacándole un vergonzoso gemido.

—Yo también te quiero —declaró Alice, extasiada con sus besos.

Él puso su mano en su cuello para mantenerla firme y luego llevó la otra a su pecho, por encima de la ropa.

—¿Aún quieres aprender, Alice? —le preguntó, causando que abriera los ojos de par en par al sentirlo estrujar su pecho.

Después se relajó, entendiendo que él no había olvidado lo que sucedió cuando su cuerpo ardía en fiebre.

—Sí —contestó ella, arrancándole una risa satisfecha que reverberó en su garganta con un ronco sonido.

Luego su mano descendió, haciendo que ella reculara, apretándose aún más a Arthur cuando él llevó su mano varonil a su entrepierna.

—Quiero enojarme con Ruth por enseñarte estas cosas.

—Pero no es solo culpa de ella; yo también tenía curiosidad.

—¿Y aprendiste algo, Alice?

—Creo que no —murmuró en respuesta, sacándole otra risa gutural.

—Seré yo quien te lo enseñe todo, pero lo haremos muy despacio —declaró, presionándola entre sus muslos, acelerándole la respiración. Luego le dio un respiro al quitar su mano y volver a poner al caballo en marcha.

Sin embargo, había una realidad que pesaba sobre ambos, así como dos personas que formaban parte de ella.

—¿Pero te vas a casar con Grace?

—Eso no será un problema, aunque podría decir lo mismo del barón Strasser.

—Supongo que sí será uno, después de todo el alboroto que ha formado mi madre alrededor del compromiso.

—En mi caso es igual.

—¿Qué hacemos? ¿Escapar juntos? —propuso ella, lanzando un suspiro.

—Si es necesario, te llevaré lejos conmigo.

Alice rio ante esa declaración y ladeó la cabeza para buscar su boca y besarlo con toda confianza. Arthur le respondió, y así, entre besos furtivos y miradas que, aunque no se veían en la oscuridad, hablaban más que las palabras, llegaron hasta su casa.

Él bajó primero y luego la ayudó a descender a ella, y cuando ella iba a irse corriendo para entrar en la casa, la tomó de la mano, atrayéndola hacia sí y estrechándola en un abrazo que parecía querer fundirlos en uno solo.

—Voy a acabar mi compromiso con Grace y espero que tú puedas hacer lo mismo con Paul.

—¿No vas a exigírmelo?

—No, porque es mi culpa que todo haya tomado esa dirección, pero tenías razón, no hay por qué conformarse y se vale luchar por lo que se desea —le dijo, dándole un último beso antes de subirse al caballo y marcharse a todo galope de allí.

Una vez que Alice entró en la mansión, a oscuras se dirigió a su habitación y supo lo que tenía que hacer con Gunter. Sin embargo, no tuvo necesidad de buscarlo en la mañana, porque cuando entró sigilosamente en su dormitorio, él ya la estaba esperando allí.

Capítulo 33

Alice, lejos de amedrentarse, lo encaró, aprovechando la oportunidad que él mismo le otorgaba.

—¿Dónde estabas y con quién? —le espetó al cerrar ella la puerta e ir a quitarse la capa.

—Estaba buscando pruebas.

—No me vengas con cuentos, Alice. ¿Qué diantres estabas haciendo y con quién?

—¿Me estás acusando?

—No olvides que soy tu hermano mayor.

—Supongo que sí, pero últimamente no te tengo mucho respeto —respondió mientras se lavaba la cara y las manos en el tazón.

—Habla, Alice. ¿Sabes lo que pasará si madre o padre se enteran? —le reclamó.

Ella se secó las manos y se acercó, plantándose frente a él. Ver su ridícula expresión de cólera también la enojó; sin embargo, ya no tenía dudas de que la enfermedad de Ruth no tenía nada que ver con problemas estomacales o intestinales, sino con las consecuencias del descuido de ambos.

Guardó silencio, analizándolo. Él, en un arranque de rabia, la agarró de los hombros y la zarandeó.

—Ruth está embarazada de ti —le soltó sin preámbulos, haciendo que se apartara con una risa nerviosa.

—¿Qué demonios dices?

—Eso debería preguntarte yo. ¿Qué demonios hacías con ella sin medir las consecuencias?

—Cállate, ella no es tan descuidada.

—Tal vez sí.

—¿Por qué estás tan segura de ello?

—No lo sé, pero te juro que es muy probable. Deberías saber que el lugar al que fue no es una finca cualquiera; es un lugar de retiro para esconder culpas.

—Deja de decir sandeces.

—¡No, Gunter! Deja de decirlas tú y asume tu responsabilidad. ¿O vas a dejar que Ruth se quede sola por no saber comportarte como un hombre?

—Te dije que te callaras. No sabes nada —le gritó, levantando su mano para pegarle, pero esta se quedó en el aire, y apretó el puño con impotencia.

Alice le dio una bofetada que impactó de lleno en su mejilla, haciéndolo retroceder, espantado. Luego se lanzó contra él, empujándolo, lo que provocó que perdiera el equilibrio, y se puso encima, dándole bofetadas y jalándole el cabello. Solo se detuvo cuando notó que él no hacía nada por defenderse.

Fue entonces cuando advirtió que se llevaba las manos a la cara, cubriéndose para que no pudiera verlo llorar. Alice se abrazó a su pecho y sintió cómo se convulsionaba por el llanto.

—Yo le dije que la quiero —sollozó entre lágrimas—, pero ella me dijo que me olvidara de eso, así que solo le di todo lo que quiso de mí.

Alice se alejó un poco y le apartó las manos para que la mirara.

Aunque él se resistió, finalmente pudo ver su rostro empapado en lágrimas.

—Ruth te quiere, así que lucha por ella —le dijo. Justo en ese momento, la puerta de la habitación se abrió.

—¿Qué está sucediendo aquí? ¿Por qué están peleando como cuando eran críos? —preguntó su madre, con aspavientos al encontrarlos en esa situación.

Su padre, que la acompañaba, también los observó con espanto. Alice se incorporó de inmediato y se apartó para que Gunter pudiera sentarse y arreglarse.

—Tengo algo que confesarles —dijo Gunter, mientras una gran confusión se dibujaba en el rostro de sus padres—. Dejen de mirarnos así, que no pasa nada. Ella solo me estaba haciendo entrar en razón.

El muchacho se puso en pie y caminó entre ellos, directo a la biblioteca. Alice se encogió de hombros y ambos lo siguieron, muertos de curiosidad. Ella se quedó afuera, escuchando cómo Gunter les confesaba a ambos que quería casarse con Ruth Wellesley y hacerse cargo del bebé que venía en camino.

Por supuesto, su madre se desmayó con la repentina noticia y su padre le propinó otra sonora bofetada.

Capítulo 34

Al día siguiente, la situación no cambió, y Gunter se mantuvo firme en su decisión, a pesar de que su madre le gritaba que estaba loco. Sin embargo, él persistió en su determinación, hasta que, avanzada la tarde, su padre tomó una decisión que apoyaba su aparente locura; aunque no había indicios de que Ruth Wellesley estuviera embarazada, debía ser ella quien lo confirmara.

Alice se quedó en casa mientras sus padres se dirigían a Downing Street para aclarar el asunto, y solo regresaron esa noche, con el rostro de sus padres demacrado y su hermano luciendo un moretón en el ojo, cortesía del golpe que le propinó Arthur por haber tocado a su hermana, a pesar de haberle sido prohibido.

Entre lágrimas, su madre le reveló que Camille ya lo sabía y por eso había aceptado la decisión de enviarla a Cornualles, a Abbey House, donde permanecería hasta que naciera su bebé. Sin embargo, Ruth había dejado claro que no quería regresar para no dañar los planes de Gunter.

La decisión, lejos de molestar a su madre, la entristeció, haciéndole notar lo que ella estaba dispuesta a hacer por proteger a su tonto y estúpido hijo. Esa actitud resultó irónica para Alice, que recordó lo que su madre había dicho sobre ella. Sin embargo, la

decisión estaba tomada, y ahora deseaba, al menos, conocer a su nieto o nieta.

Lo único que quedaba por hacer era que el futuro padre fuera a buscar a Ruth y la convenciera de regresar, así que comenzó a preparar el largo viaje.

—Supongo que lo que Gunter ha hecho a la familia es una desgracia, pero no puedo enojarme con él —se lamentó Rufina mientras Alice la consolaba.

—No lo es, mamá.

—¿Cómo que no? Ha deshonrado a esa niña en nuestras narices.

—Ruth no es una niña —la reconvino—. ¿Acaso no te hace feliz que se va a casar? Solo espero que Ruth lo acepte, o lo lamentará toda su vida.

Su madre suspiró hondo, luciendo una expresión trágica.

—Solo falta que tú también cometas una locura. A Dios gracias, todo va bien con el barón.

—Mamá, respecto a eso... —empezó a hablar, pero Rufina se negó a escucharla, poniéndose en pie y saliendo de la habitación, haciéndola refunfuñar.

Sin embargo, ella y Arthur habían hecho un acuerdo, y aunque no se lo había exigido, iba a cumplirlo porque su corazón le pertenecía a él. A pesar de que su madre no quisiera oírla, terminaría su compromiso con Paul.

Se dirigió a la habitación de su hermano, quien estaba preparando sus cosas para el viaje. Debía aprovisionarse bien, ya que arribaría a Abbey House en un máximo de una semana.

—¿Ya has preparado todo? —le preguntó.

Gunter asintió con una sonrisa de labios apretados. Ella le mostró la carta que había escrito a Ruth.

—Entrégasela cuando la veas —le recomendó.

Él la recibió y la guardó en su maletín.

—Supongo que no me dirás qué le escribiste allí.

Alice negó con la cabeza, feliz de poder expresarle en esa carta lo que pensaba de ella. No esperaba convencerla con sus líneas; deseaba que lo hiciera Gunter, de quien, después de verlo llorar, le quedó claro que la amaba y también estaba decidido a ir a buscarla.

—Es un secreto —respondió, sacándole una sonrisa.

Alice se quedó observando cómo él terminaba de preparar su equipaje. Una vez que tuvo todo listo, se sentó a su lado en la cama.

—Después de darme el golpe, Arthur me pidió que te dijera que había cumplido su promesa. ¿Quieres decirme a qué se refería o simplemente me preparo para devolverle el golpe? —le preguntó Gunter, con el ceño fruncido.

Alice sonrió, afirmando una y otra vez que no le diría nada. Finalmente, él le sonrió y le besó la frente.

Ambos salieron de la habitación, él llevando todas sus pertenencias. Cuando llegaron al patio, ya tenían preparado su caballo. Sus padres salieron a despedirlos, y Randolph Becker le hizo prometer que no regresaría sin Ruth y su futuro bebé.

A lo lejos, junto al muro de la casa, Alice vio a Arthur montado en su caballo, quien había ido a despedirlo también. Aprovechó para ir a saludarlo e invitarlo a dar un paseo por el jardín.

—¿Sigues enojado con Gunter? —le preguntó.

Él se volvió hacia ella, frunciendo el ceño.

—Solo hasta que logre convencer a Ruth.

—Él es un poco torpe, pero confío en que lo hará. A propósito, me ha dado tu mensaje. ¿Puedo saber qué hiciste?

—¿Desconfías de mi palabra?

—No, pero hay demasiado silencio. Por lo general, las noticias llegan a la puerta de mi madre —adujo, y Arthur sonrió.

—Solo lo he hecho de la manera más diplomática que existe.

—¿Cuál?

—Una carta.

Alice enarcó las cejas, sorprendida.

—¿Rompiste el compromiso con ella por carta?

—Sí, y la envié antes de que mis padres les pidieran a esas mujeres que se fueran de casa.

—Pero nadie ha dicho nada.

—Le temen al escándalo, y la carta que les remití no fue para romper, sino para cobrarle a su padre el dinero que le adeuda al mío. Así que es obvio que no se quejarán por haberlos mandado al diablo —se jactó Arthur.

—Creí que habías estado conforme con casarte con ella.

—Conforme sí, pero no resignado —repuso Arthur, rodeando su cintura y atrayéndola hacia su pecho, para besarla.

—No hagas eso, pueden vernos —exclamó ella, sintiéndose nerviosa. Aun así, no pudo contenerse de corresponderle y besarlo.

Capítulo 35

Alice se despertó decidida a hacer su parte. Si bien no podía actuar como Arthur, porque el barón no le debía dinero a su padre, le quedaba la alternativa de hablarle a Paul con sinceridad. La verdad era que no lo amaba, pero había desarrollado un cariño especial por él.

Su madre se mostró feliz con la invitación que le extendió para tomar el té de la tarde en el jardín, y no puso objeciones para que pudieran charlar en privado. Así que, después de disfrutar del té, lo invitó a pasear por el jardín.

—Supongo que hay algo que tienes que decirme —comentó Paul, quizá al notar su vacilación.

Alice no se había arrepentido; solo buscaba la manera de que la situación no se le saliera de las manos. Esa confusión la hizo sentir tonta, sobre todo tras haberse enfrentado a su hermano y casi haberle arrancado el pelo por su falta de valor para asumir la responsabilidad de sus actos. Así, se encontró dando vueltas en círculos con Paul por el jardín.

—Sé lo que me quieres decir —arguyó él, deteniendo su marcha de repente.

—¿Qué... sabes? —preguntó ella, con una voz pausada.

—Sobre nuestro compromiso. Quieres romperlo, y es una pena porque pensaba llevarlo hasta el final.

—No entiendo. ¿Cómo estás al tanto si no he mencionado nada al respecto?

—Hace unos días tuve una charla de hombre a hombre con Arthur Wellesley, y él me dijo que no podía dejarte en mis manos. Fue una expresión muy convincente, y terminé tomándola en serio. Sin embargo, no puedo liberarte como pide, porque eso perjudicaría mi reputación —repuso Paul, mostrándole la misma convicción.

—Pero no te amo, por eso no puedo casarme contigo.

—Lo sé; sin embargo, le hice una propuesta que aceptó, pero tú debes estar dispuesta a afrontarla si realmente quieres estar con él.

—¿Cuál?

—Que seas tú quien pague las consecuencias por mí —respondió, dejándola sin palabras.

—¿Lo dices en serio?

—Sí —contestó él, con una seriedad que la dejó helada—. No estaría mal que asumieras un poco del castigo, ¿verdad?

Alice rio ante lo que le resultaba bastante gracioso, aunque lo entendía. Así funcionaba la sociedad: el peso del poder recaía en los hombres, mientras que la vergüenza y la indignidad pesaba más en las mujeres.

Recordó que Grace Williams no había estado dispuesta a pagar ese precio, y junto a su familia decidió no hacer ningún escándalo y tragarse su propio orgullo para seguir manteniendo las apariencias. Así, aunque Arthur pudiera ser el malo, la respuesta sería ambigua, porque ella también lo era, dispuesta a exigir, pero no a dar.

Sin embargo, Ruth sí defendió lo suyo, si bien su honor se fuera al traste. Alice sonrió; no lo culpaba por buscar la mejor solución, pues era la única manera de que fueran libres.

—Está bien, asumiré las consecuencias —dijo, retándose a sí misma y a su propio destino.

Paul le sonrió, y ella, como un último acto de amistad, le besó en la mejilla. Después de ello, volvieron a la casa, y sin decir una palabra, él subió a su coche y se marchó.

—¿Qué ha sido todo eso? —preguntó su madre, y Alice solo se encogió de hombros antes de regresar a su habitación.

Dos días después llegó la carta de ruptura del compromiso por parte del barón Strasser, en la que declaraba que se había equivocado al elegirla y que ella no era apta para asumir la posición que él representaba. Esto dejó a Rufina Becker en la cama por casi dos semanas, incapaz de salir a la calle y dar la cara.

Alice, por su parte, celebró la decisión en su interior. Se alegró aún más al enterarse de que Paul ya estaba cortejando a una joven un año menor que él. Por suerte, su padre resistió el golpe y se mantuvo en pie. Mientras los rumores se mantenían como una tormenta desagradable sobre el cielo de Londres, ella decidió renovar sus viejas costumbres e intentó volver a bordar.

Así, desenterró la caja con el pañuelo que había adornado para Arthur, con la esperanza viva de que ahora sí podría entregárselo. Aunque, en esta ocasión, se decidió a aprender a bordar ropa para bebés con su madre, consolándose con ello de las desgracias pasadas.

La noticia del regreso de Gunter las sorprendió en medio del aprendizaje, y ambas corrieron a recibirlo. Pero él llegaba solo, casi un mes después de haber partido hacia Cornualles.

—¿Qué sucedió? ¿Por qué llegas solo? —le preguntó su madre, agarrándolo de las solapas.

—Debe ser porque antes de volver con Ruth, debo casarme con ella —respondió, tomándose su tiempo para hacerlas sufrir. Tanto su

madre como Alice respiraron aliviadas, e incluso su padre le dio un abrazo por haber logrado traer de vuelta a Ruth.

Dos días después, se finalizó el compromiso y se fijó la fecha de la boda para dentro de un mes, lo que puso a correr a todos tanto en la casa de los Wellesley como en la mansión Becker.

Capítulo 36

La boda de Ruth y Gunter se celebró en Stone House. Fue una ceremonia privada, solo entre los familiares más cercanos.

Aunque no habían tenido la oportunidad de hablar con calma sobre lo sucedido, Alice se sentía satisfecha de que Gunter hubiera cumplido su promesa de convertirse en el compañero de Ruth por el resto de su vida.

—¿Estás feliz? —le preguntó la joven mientras las dos bailaban un vals.

—Lo estoy, aunque no pensé que la idea me gustara tanto.

—Ya veo por qué Gunter dijo que fuiste tú quien lo rechazó.

—Eso es porque no mentí cuando dije que no quería ser una carga.

—Pero nunca lo has sido —insistió Alice, y Ruth sonrió.

—¿Y qué hay de ti? Escuché que tu joven prometido te mandó al diablo —le dijo, provocándole una carcajada.

—Que no te escuche mamá; además, tengo que darles las gracias por contribuir a que ella no pereciera en la cama.

—La verdad, no pensaba regresar.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Debe ser porque lo pensé mejor luego de leer tu carta.

—No era para convencerte —respondió, un poco engreída.

—Lo sé, pero lo reconsideré cuando Gunter amenazó con colgarse del campanario —comentó con diversión, y ambas se echaron a reír hasta que vieron que el susodicho se acercaba para reclamar a su esposa.

—Quiero que sepas que nunca pude hacer bien lo que me enseñaste —le dijo Alice, haciendo que Ruth arrugara la cara.

Entonces se inclinó hacia ella y le susurró al oído:

—La verdad es que lo aprendí con tu hermano. Así que tendrás que esperar a que Arthur te lo enseñe —le dijo, guiñándole un ojo justo cuando llegó Gunter y le pidió un baile.

Alice se despidió de ellos y decidió buscar a Arthur, ya que, con tantos preparativos, apenas habían podido pasar tiempo juntos, más allá del protocolario. Preguntó por él y le dijeron que estaba en la casa de invitados.

Corrió hacia allí y lo encontró sentado en el sofá, leyendo el librito de Malgraux. Se acercó despacio hasta que estuvo a una corta distancia, y él la miró por el rabillo del ojo. Luego extendió su mano y la invitó a sentarse a su lado, cerró el libro y lo colocó sobre la mesa del centro.

—Sabes, por un tiempo mandé a confinar este sofá.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó, curiosa, había notado que no lo había vuelto a ver en la sala.

—Supongo que fue porque aquí encontré a una muchachita haciendo cosas traviesas —declaró, y Alice se llevó las manos a la boca, avergonzada de que esa tarde de lluvia él la hubiera visto.

—Creo que con mandarlo a lavar habría sido suficiente.

—Por supuesto que no, porque cada vez que lo miraba, te veía a ti tentándome —declaró, observándola con seriedad.

Alice se apoyó en sus rodillas y él le rodeó la cadera, llevándola a

sentarse a horcajadas en su regazo.

—Está decidido, hoy mismo le pediré tu mano a tu padre —anunció, acariciándole y apretando su pequeño trasero.

—De acuerdo —respondió ella, con un matiz de picardía, muy a gusto con la idea.

Arthur se recostó, llevándola sobre él, y ella se regodeó en su cuerpo grande y firme que tenía debajo. Entreabrió la boca cuando él comenzó a recorrer con su mano la cara interna de su muslo, y su respiración se aceleró al sentir su dedo rozando su interior.

—Creo que no podemos hacer esto aquí —susurró, mientras él la acariciaba de arriba abajo—. Arthur —gimió, sintiendo su dedo tocar su parte más sensible—. Esta vez... no... puedo resistirme —gimió de nuevo, sintiendo cómo el dedo de Arthur había logrado traspasar la barrera de su piel.

Abrió la boca mientras él lograba introducirlo dentro, y luego se incorporó, moviéndolo en círculos. Ella jadeaba en su boca, aferrándose a su cuello con fuerza hasta que su cuerpo dejó de temblar. Al encontrarlo de nuevo, lo besó en los labios; pero justo cuando iba a volver a colocarse sobre él, escucharon pasos y Gunter y Ruth se detuvieron frente al sofá donde estaban los dos.

Alice se quedó en silencio, y cuando Arthur se puso de pie, su amigo le lanzó un puñetazo seco en la mandíbula que lo hizo caer nuevamente. A ella y a Ruth les salió un grito, mientras el joven Wellesley se sacudía de dolor.

Después de eso, no hubo necesidad de que Arthur pidiera su mano, porque Gunter se encargó de que todos supieran la buena nueva.

Epilogo

Cuatro meses después, se celebró la boda de Alice y Arthur. Solo los padres de ella se llevaron una sorpresa, pues él ya había mencionado el enlace a los suyos, quienes no se opusieron, ya que no querían crear un escándalo nuevo, habiendo navegado con éxito el que había surgido con Ruth, quien ahora vivía en la propiedad que su padre le había regalado en Bath.

La ceremonia tuvo lugar en la abadía de Westminster, gracias a la intervención de Paul, quien había sido un discreto benefactor del evento. Tras la fiesta, se instalaron en Stone House, pues, a diferencia de Grace, Alice estaba encantada con la idea de vivir alejada de la ciudad. Sin embargo, no dejaría de visitar a su familia ni de pasear por Londres con Arthur cuando viajara por trabajo.

Llegaron casi a la medianoche a la villa. La casa principal estaba iluminada, pero en silencio. Arthur, tras pedir que llevaran el equipaje, cargó a Alice en brazos y la condujo a la habitación principal, la cual compartirían. Cuando Marta, quien le había sido asignada para trabajar en la casa de campo, les abrió la puerta, él la puso en pie y cerró tras de sí.

Alice sonrió al observar cómo él se quitaba la levita y la corbata que había usado y se acercaba a ella, desabrochándose la camisa.

Ella permaneció de pie junto a la cama, mientras él se detenía frente a ella, habiéndose despojado de la prenda, dejando a la vista su musculoso y fuerte torso. La joven tragó saliva, colocando su dedo en una de sus tetillas, lo que le sacó una sonrisa. Luego levantó los brazos y Arthur, en un gesto caballeroso, le retiró por la cabeza el vestido de seda blanco con velos de terciopelo, dejándola solo con el corsé.

Le hizo dar una vuelta y, soltándolo, este cayó alrededor de sus pies, dejándola desnuda, con el cabello largo y sedoso cayendo como una cascada castaña a los costados. Arthur la levantó como si fuera una muñequita y la depositó en la cama, después de lo cual se acomodó sobre ella, sonriendo.

—Por fin serás toda mía —declaró, colocándose entre sus piernas.

—Ya soy toda tuya, Arthur —respondió Alice complacida, ansiosa, extendiendo su mano para abrirle el pantalón y bajarlo, descubriendo a su paso la grandeza de su virilidad, lo que le secó la garganta en el acto.

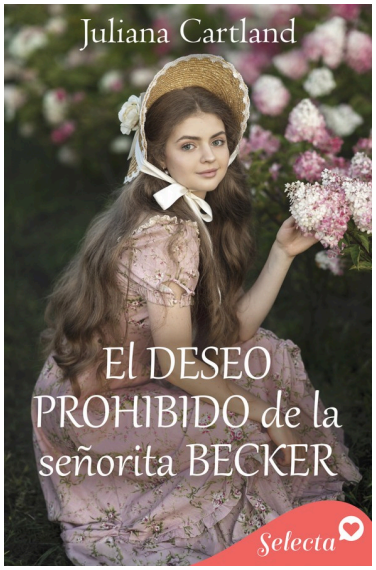
Ella tragó con fuerza, mordiendo su labio inferior, mientras él se inclinaba despacio sobre ella, cubriendo por completo su cuerpo y, finalmente, fundiéndose dentro de Alice, convirtiéndose por fin en uno *solo*...

Fin

Ella lleva siete años enamorada de él.

Él jamás la ha visto de esa forma.

Hasta que alguien más empieza a hacerlo.



Desde que **Arthur** apareció por primera vez en la casa de su familia, invitado por Nathan, el hermano mayor de **Alice**, ocupó un lugar imposible de reemplazar en su corazón. Durante años se aferró a cada visita, a cada conversación y a la ilusión de que algún día él podría verla de la misma forma.

Pero los sueños tienen la desagradable costumbre de enfrentarse a la realidad.

Cuando Arthur regresa a Londres dispuesto a encontrar esposa, Alice descubre que su familia ya tiene en mente a la candidata perfecta para él. Una joven adecuada, bien relacionada y, desde luego, muy distinta a ella.

Decidida a proteger su orgullo, Alice intenta aceptar que jamás formará parte del futuro de Arthur. Sin embargo, cuanto más tiempo pasan juntos, más difícil resulta ignorar unos sentimientos que nunca desaparecieron... y más complicado se vuelve para Arthur seguir viendo a la hermana pequeña de su mejor amigo.

Entre bailes, encuentros inesperados y secretos guardados durante demasiado tiempo, ambos deberán decidir si están dispuestos a arriesgarlo todo por un amor que parecía imposible.

Porque hay historias que nacen en una mirada... y otras que esperan años para encontrar su momento.

Juliana Cartland es colombiana y nació un 11 de febrero en un bello pueblo de las sabanas de Córdoba. Es una observadora compulsiva de la vida, y de todo aquello que le pueda proporcionar las ideas que necesita para crear sus historias.

Bajo el seudónimo de Girl-chick escribe romance contemporáneo, un género con el que ha enganchado a la novela romántica a muchas personas que, desde hace más de ocho años, se han encariñado con sus historias.

Con el seudónimo de Juliana Cartland y su obra *Lecciones de amor para un duque egoísta* inicia su periplo en el romance de época.



Edición en formato digital: septiembre de 2026

© 2026, Juliana Cartland
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano
Imagen de SHUTTERSTOCK: Boiko Olha

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-76-7

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

El deseo prohibido de la señorita Becker
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Epilogo
Sobre este libro
Sobre Juliana Cartland
Créditos